ANDRÉS TRAPIELLO

Contra toda evidencia

la veleta mmiv granada

CONTRA TODA EVIDENCIA

ANDRÉS TRAPIELLO

©ANDRÉS TRAPIELLO
45 EDITORIAL COMARES

POLIGONO JUNCARIL TENO 465182 – 18220 ALBOLOTE
(GRANADA)
ISBN: 84-8444-824-x - DEPOSITO LEGAL: GR. 647-2004

IMPRIME: COMARES, S.L.

Editores: Miguel Angel del Arco y Mario Fernandez Ayudarte

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN PARCIIAL O TOTAL DE ESTE
LIBRO SIN LA AUTORIZACIÓN DE LOS EDITORES

PRÓLOGO

ESTOS libros de artículos suelen tener muy mala fama. En general los ve con desconfianza todo el mundo, los editores, los libreros, los críticos y los lectores. Los editores y los libreros dicen, con razón, que se venden mal. El crítico no acaba de comprender cómo un escritor recopila sus artículos, en tanto que él, que seguramente ha escrito tres veces más artículos que cualquier escritor, tiene que hacer con los suyos propios un cigarro y fumárselos, en el caso de que quisiera darles alguna otra utilidad, al margen de la que en su día tuvieron como gacetillas. En cuanto al lector, si no es demasiado avisado, puede llegar a pensar que se le está largando mercancía estropeada o de segunda mano, como en esos montones informes de los mercadillos, en los que nunca acabamos de saber si la ropa es nueva o salida de los almacenes del Ejército de Salvación.

Aspira uno a que unos pocos lectores, los suficientes como para que los responsables del *Magazine* de *La Vanguardia* en el que vienen apareciendo semanalmente no le supriman la sección, aspira uno, decía, a que le lean unos cuantos lectores cada domingo, y aspira también, ahora que están reunidos en un libro, a que le lean otros pocos más, hoy y dentro de unos años, cuando acaso no seamos ninguno de nosotros ni la sombra de nuestra sombra.

¿Por qué esta aspiración? ¿Sueños de inmortalidad? Quizá sí. Se ve que algunos aspiramos a tener, muertos, todo lo que por pudor y decencia ni siquiera se nos ocurrió tener en vida. Pero también reconozco en tal pulsión el deseo de que esos pocos lectores futuros hallen en sus páginas un poco de entretenimiento para sus ratos perdidos, consuelo para sus tribulaciones, compañía para sus soledades, humor para sus murrias, silencio para sus alteraciones. Imagino también a ese joven que dentro de ochenta o cien años encuentre un ejemplar de este libro en el Rastro de alguna ciudad,

alguien que desconoce en absoluto lo que hubo de real bajo mi nombre, y para quien acaso sea su hallazgo fuente oportuna al lado de su camino. Quizá antes de proseguirlo, se quede a mi lado un rato, apagando su sed, y quién sabe si entonces mis solitarios huesos, donde quiera se hallen, reverdezcan agradecidos, como en aquel bellísimo poema chino que hablaba de guerreros muertos y jóvenes que aún los recordaban en futuras primaveras.

CONTRA TODA EVIDENCIA

(2001)

MILLONARIOS

PARA que el año empezara con buen pie, faltaba que no le tocara a uno la lotería de El Niño. Sorteamos el de Navidad, y hemos librado, por suerte, este peligroso escollo.

Siempre recordará uno a su padre, por estas fechas, comprando unos boletos de lotería, y le recordará igualmente inclinado sobre la página tabloide del periódico en la que se reproducía la apretada lista de números premiados, todos ellos con esa extraña atracción poética que se desprende de un guarismo marcado por la fortuna. Era todo un rito, primero ordenaba sus décimos y sus modestas participaciones de menos a más y a continuación ponía su dedo a buscar la mágica coincidencia. Era curioso observar aquel dedo, pesquisando de arriba abajo los rimeros matemáticos, se diría que tenía completa autonomía, como un perdiguero que con el hocico pegado al terreno rastreara con tenacidad las colonias de trufas. Lo cierto es que, y no por culpa del dedo, que alcanzó un grado superior de adiestramiento, en los más de ochenta años que vivió jamás le tocó nada que no fuesen pedreas.

Ahora, por seguir esa tradición y homenajearle un poco, soy yo el que compra lotería no sin cierto temor, con la firme esperanza de que nunca nos toque nada o de que mi dedo, todavía inexperto, no ventee los premios. Tal y como ve uno las cosas, sería una verdadera tragedia que nos cayera encima (y de hecho en ese "caer el gordo" parece estar sugerida la tragedia) una cantidad apreciable de dinero.

Uno se halla entre aquellos a los que les gusta su trabajo y les gusta trabajar, y trabajaría aún más de lo que trabaja si contara él con más fuerzas y el día con más horas, de modo que no es del todo improbable que, en caso de que le tocara el gordo de la lotería, tuviera que cambiar ese trabajo por el de administrar su nuevo

patrimonio, y tarde o temprano se le amargaría el carácter por no poder trabajar en aquello que tanto le gustaba. O peor: se daría entrada a ese dolce far niente, tan tedioso y desesperante. Como consecuencia de lo anterior, es muy probable que dejara de ver uno a sus amigos, colegas y compañeros, a los que en el fondo aprecia más de lo que estaría dispuesto a reconocerles a ellos. En los primeros meses les seguiría viendo, desde luego, ese sería el propósito, todos los que se hacen ricos súbitamente juran que en nada les afectará el cambio, pero sabemos que acabaría uno por perder el contacto con ellos, y eso en el fondo le apenaría. Así que ya tenemos a una persona que ha empezado a amargarse y a apenarse, al mismo tiempo, a causa de una tromba mortal de la fortuna.

Es muy probable también que tuviese que cambiar su casa por una mejor, y el barrio, puede que la ciudad. Sería igualmente una tragedia. La antigua no era ni la mejor casa ni lo era el barrio ni la ciudad, pero también había acabado uno acomodándose a ellos como a unos zapatos viejos, y no cambiaría uno por nada del mundo sus viejos y cómodos zapatos por otros nuevos, sólo porque son nuevos. Así que ahí tenéis también a un hombre amargado, apenado y fastidiado, con el alma llena de bojas.

Tales transtornos acabarían por perderle. Conozco sólo a una persona a la que, hace años, le tocó en la lotería una gran cantidad de millones. La vida ciertamente no fue demasiado generosa con aquel hombre. Hizo todo el recorrido: dejó su trabajo, su casa, su mujer, se compró un gran coche, se metió en negocios, tuvo muchas otras casas, incluso una familia nueva… Nadie sabe muy bien en qué pudo írsele el capital ni de qué vive ahora, pero lo cierto es que está más o menos como antes, ha vuelto a su viejo barrio y a una casa parecida a la que tenía, aunque la gente le sigue llamando todavía “el millonario” con esa crueldad que a veces tiene la justicia poética. Y él, que ya no es millonario, ni siquiera tiene fuerzas para desmentirlo.

LOS URBICIDAS

HAY en la vieja y apartada ciudad de León un rincón bellísimo, esencia en sí mismo de lo que podíamos llamar el espíritu de la provincia y cuyo nombre tiene en su médula toda la savia de nuestra lengua romanceada: Plaza de Santo Martino. No hallaréis en ella palacios ni artísticos soportales. No cuenta tampoco con unas casas principales, blasonadas o marmóreas, ni con comercios seculares y cosmopolitas. Por no contar no cuenta ni siquiera con una gran iglesia, sino, por un lado, con las dependencias traseras de una colegiata cuyos muros no dejan adivinar si lo que celan es bonito o no; por otro, el decimonónico caserón del instituto femenino, todavía en activo, y, por último, en un extremo, la fábrica poderosa de la cárcel vieja, levantada sobre uno de los paños de la muralla romana. Uniendo estos tres edificios característicos, de pobre personalidad arquitectónica, hay una docena o dos de casas. Habría que hablar más bien de casitas humildes y deslucidas, de dos pisos, que se apoyan unas en otras para no caerse. Son casas de hacia 1900, cuando la ciudad era, sobre todo, una ciudad de ferroviarios, merchanes y ferreteros. Podríamos decir que entre todos estos elementos, a los que hemos de añadir una docena de pobres acacias y catalpas plantadas en 1906 y a las que los rigores mesetarios apenas han dejado crecer, han levantado uno de los parajes con más poesía de todo el noroeste español. Un día de invierno, con las acacias desnudas, la plaza vacía y las farolas proyectando su gran orfandad sentimental, podríamos creernos supervivientes de un siglo lejano, porque todo está igual que entonces, sólo que con la vida de ahora, adivinada detrás de esos visillos, en la sombría cantina, en las colegialas que defienden contra el pecho sus carpetas con vaga concupiscencia.

Una plaza de Santo Martino la hay, o la había hasta hace bien

poco, en todas las ciudades españolas. Yo recuerdo una parecida en Lugo, otra en Orense, en Úbeda, en Córdoba, en Palencia, en Madrid, en Gerona, en Cádiz…

Son plazas llenas de encanto y perfectas, de las que no necesitaban ni más ni menos para ser lo que son, lo que fueron, lo que tendrían que seguir siendo siempre. Brizan no sólo nuestros pasos de perpetuos transeúntes, sino que fabrican esa otra miel indefinible que nos blinda contra la muerte o hace que no la temamos, como si el hecho de haber resistido ellas toda clase de atropellos, incurias, guerras y acometidas públicas o privadas fuese una lección moral para nosotros, pobres aprendices de seres libres, tan frágiles ante el poder o frente a las tentaciones de la ostentación vanidosa.

Bien, si no lo remedia nadie o nada, un atropello o una guerra providencial, esa plaza desaparecerá en breve, y todo por la sola razón de que en León, como en tantos pueblos de España, ya somos ricos. Nos han llovido del cielo comunitario miles de millones que se repartirán unos arquitectos, unos constructores y unos concejales. Ya han hecho el proyecto de cómo será el crimen. Será un crimen con chorrito. Harán un parqueadero de coches, arrancarán las acacias y pondrán una fuente. Ah, el aprecio que se ha tenido en España por el chorrito de las fuentes públicas ha sido contumaz, inapelable y fuera de toda duda. Y nuestra hermosa plaza dejará de ser lo que fue durante ciento cincuenta años, lo que es hoy y lo que tendría que seguir siendo otros tres siglos. Sí, y como hay genocidas, hay, cada día más y con más culpa, los urbicidas, esos seres despreciables que amparándose en las leyes infringen la más sagrada: la de la memoria, mientras aseguran defender un presente que, como pasado, no va a valer ni la mitad del que teníamos.

EL SILENCIO DE LAS CASAS MUSEO

HACE unas semanas tuvo lugar en Madrid la reunión singular de una treintena de personas poco notorias y nada amantes de la notoriedad que han decidido, como las vestales, consagrar su vida a la custodia de un patrimonio, por lo general exiguo, y a la conservación de una memoria literaria, por lo general oscura.

No son demasiadas las cosas que quedan cuando muere un escritor. Queda, desde luego, su obra, y quedan unos cuantos objetos personales suyos, con frecuencia de no demasiado valor, vestigios de su lucha, su éxito o su fracaso. A veces, si el escritor gozó de cierta notoriedad y fortuna, queda una casa con alguna personalidad, más o menos artística y suntuosa. Quienes conozcan, por ejemplo, la de Victor Hugo en la plaza de los Vosgos, en París, sabrán de qué estamos hablando: salones chinos, muebles sofisticados, grandes y pesados cortinajes, testeros adornados con las más extrañas panoplias, raras y caprichosas colecciones… Pero eso es en Francia, país amante de lo suyo. En España, por no conservar, ni siquiera se han conservado los huesos de su escritor más admirable, nuestro amado Cervantes, que se perdieron en una fosa común o en los cimientos de una casa de vecindad.

Para evitar que volviera a ocurrir con otros lo ocurrido con Cervantes han surgido aquí y allá, en los lugares más remotos, a veces en condiciones de una precariedad carmelitana y defendidas por el amor y la fe de unos cuantos devotos de la vida y la obra de algunos escritores, han surgido, repito, unas cuantas casas museo, la de Galdós, la de Rosalía, la de Unamuno, la de Juan Ramón Jiménez, la de Maragall, la de Cossío, la de Machado, la muy recoleta y misteriosa de Lope, y otras más.

La suya es en realidad sociedad de muy problemática soldadura, porque todas y cada una de esas casas museos han nacido de

realidades jurídicas muy particulares y se mantienen en pie a veces con tan gran desigualdad de medios, que por esas comparaciones podrían agraviarse sin querer unas a otras. Pero, por encima de sus particulares nombradías y caudales, parecen estar unidas por el secreto amor a la obra de los autores cuya titularidad defienden contra las acometidas del olvido, conociéndose incluso sus directores por el nombre que representan. De ahí que esa reunión fuese tan extraordinaria: Galdós, Juan Ramón, Maragall, Rosalía, Machado habían vuelto a sentarse juntos alrededor de una mesa.

El pintor ha estado defendido a menudo por el museo. El escritor no tiene más que sus libros, esos pobres y raros objetos con propensión a atraer sobre sí una inmisericorde y democrática capa de polvo llamada a cubrirlos a todos por igual, buenos y malos. A los museos vamos. Hoy, por ejemplo, caída en desuso la costumbre de la misa, es la actividad dominical más aceptada socialmente, pero ¿quién lee sin impaciencia un libro viejo?

A poco de verdad que hayan sabido conservar en ellas, suelen ser esas casas museo lugares hermosos, en su pobreza o en su notoriedad: silenciosas, a trasmano y, por suerte todavía, poco atractivas para “el gran público”, acaso porque tienen más de casa que de museo, y al español, que vive hacia afuera, en la cantina, en el bar, en los grandes almacenes, nada le seduce menos que una casa. Hace unas semanas tuvo lugar esa reunión singular. Deseémosles la misma oscuridad que hasta ahora las amparaba y defendía, y la tranquilidad suficiente para que desempeñen sus poco rutilantes trabajos, uno de los cuales es el tener la puerta abierta para cuando llegue, de muy lejos, cansado, acaso sin demasiadas esperanzas, quien va buscando un poco de consuelo en los limpios despojos de un alma hermana.

CÓMO SE HACE UN ARTÍCULO

EN realidad éste es la recreación de un título de Unamuno: *Cómo se hace una novela*, ensayo en el que no se hablaba de novelas ni del arte literario, sino de la vida, la muy desdichada vida que Alfonso XIII y el "botarate" Primo de Rivera le empujaron a llevar en el destierro.

Hay muchos modos de escribir un artículo. Cada articulista o cada escritor tiene el suyo, más o menos ensayado. Decía Ruano, que los escribió a cientos, que los artículos ni siquiera tenían que tener ideas, sino una anécdota inicial, elevarla a categoría poética, como nos había enseñado d'Ors y, por último, y ésta era la parte más importante, quitarle, segarle, decapitarle la primera frase. La primera frase de un artículo es siempre, decía Ruano, confusa y titubeante, unas veces demasiado hinchada y otras demasiado anémica. De modo que cuando leemos los artículos de Ruano, sabemos que los empezamos siempre por la segunda frase, enviada la primera al limbo de lo no nacido. Y Umbral, que también los ha escrito a miles, aseguraba hace unos días que el articulista ha de defender una idea hasta el punto y aparte, y que en el párrafo siguiente puede incluso defender la contraria. Quién sabe.

Uno cree, sin embargo, que las ideas son importantes, y la firmeza en defenderlas más allá de la prosodia, y que son acaso, ideas y firme liberalidad, lo único que hemos de buscar en un artículo, pero antes se ha de dar con el tema. Uno, para éstos que viene escribiendo desde hace cinco años, busca el suyo a lo largo de la semana aquí y allá, en la vida que lleva o que encuentra en los periódicos, en la televisión, en los libros, en el cine, en los viajes. Y muchos otros tiene que descartarlos. Es como un jardinero paciente que conoce y selecciona sus semillas antes de plantarlas, con el fin de evitar una germinación deficiente o unos frutos enfermos.

A finales de noviembre participó uno en Guadalajara (Méjico) en una feria del libro que se hizo célebre en España por el canibalismo de alguno de sus escritores. Los amigos, y viendo que aquí había depredado todo el mundo al respecto, me preguntaba: ¿Y tú por qué no escribes de eso? Durante las refriegas mejicanas, uno se perdió buscando librerías de viejo en los barrios antiguos de la ciudad, y paseando, solo, por calles tranquilas flanqueadas de laureles sombríos, y ya en España, eso le parecía a uno un tema peliagudo, como pintar un cuadro de historia medieval, en el convencimiento de que lo que llamamos "vida literaria" es un oxímoron, es decir, que es vida o es literaria.

Cuando sobrevino la desgracia de aquellos campesinos ecuatorianos arroyados por un tren en Murcia, a uno le tentaba también la glosa. ¿Cómo no escribir de los emigrantes y las penosas condiciones en las que esas pobres gentes viven y trabajan? Es un tema agradecido. Y más aún el de los miserables negreros. ¿Pero a cuántos emigrantes conoce uno y qué podríamos decir, aparte de los lugares comunes? Hay, sí, un gran número de temas socorridos. La miseria lo es, la desgracia, la derrota, la estupidez, la envidia, la ineptitud, el latrocinio, las corruptelas políticas, la explotación son grandes temas para los artículos, con una gran fotogenia, pero han de manejarse con precaución, como la nitroglicerina. ¿Qué lector no va a querer ponerse de nuestro lado cuando defendamos a las mujeres maltratadas, por más que en nuestra vida privada, poco visible, se escaquee uno de las tareas domésticas? Así que acaba uno escogiendo el tema de sus artículos mucho más cerca y alirroto. Y se lo lleva uno a casa, lo cuida un tiempo, lo entablilla y confía en ponerle pronto en libertad. Y si vuela, ¿qué nos deja? La huella de sus patitas en la nieve, si la hubiera, porque la mayor parte de las veces nos queda sólo el aire, acaso, confiemos, más respirable y puro.

UNA MUJER DE PASO

ECHABAN una película por la televisión. Se decía en ella que en los Estados Unidos las bibliotecas públicas tienen marcados con una clave ciertos libros considerados peligrosos, de modo que automáticamente, en el momento en que alguien solicita en préstamo uno, salen disparados los datos de ese lector hacia las macrocomputadoras del FBI. Quizá se trate sólo de una película, y que eso, además de ilegal, sea falso, pero lo cierto es que me lo creí, porque me pareció verosímil. Al mismo tiempo aparecen en los telediarios los militares americanos y europeos negando que la radioactividad del uranio empobrecido de las bombas lanzadas sobre territorio kosovar sea la causante de la muerte de una docena de soldados por leucemia. Y en cambio esto, en lo que es probable que lleven razón, no me lo creo en absoluto, por fantástico.

Ambas son cosas que debieran incumbirnos, en la medida en que son actualidad. Pero no. No es fácil tampoco vivir todo el día teniendo que elegir entre la superstición y la ciencia, entre la mixtificación y la verdad, cuando a menudo un instinto poderoso le hace preferir a uno antes la verdad de una superstición que la mixtificación de la ciencia. Y esa es la razón por la cual nos lanzamos con harta frecuencia y verdadero apetito a la realidad: porque ésta ni siquiera precisa ser actual para ser real. Es más, a menudo la realidad es tanto más valiosa cuanto con más inactualidad se nos presenta.

Siguiendo con lo que hablaba uno aquí el otro día, a propósito de la manera en la que se escriben los artículos, el tema de éste debería seguir siendo el del uranio. Y sin embargo, la realidad ha impuesto su propia ley, interrumpiéndolo todo. Es domingo. Después de cuatro semanas de lluvia ha salido el sol de una manera en verdad festiva. Madrid, como todas las ciudades en domingo,

está vacía a las diez de la mañana. Pero qué delicia de aire frío, de silencio, de aleros dibujados con tiralíneas en el azul del cielo. No olvidemos tampoco a los gorriones, disfrutando por primera vez en un mes de su libertad condicional. Y la modesta fiesta de comprar tranquilamente el pan y los periódicos. En el kiosco aún ordenaban el género. Junto al mío hay un gitano que vende flores. Las tiene metidas en calderos. Son flores mágicas, porque en cuanto llegan a casa se marchitan, raras aves que no soportan la cautividad. En los calderos se ven maravillosas, lozanas, con esa eternidad de lirios, de rosas, de alhelíes. Acababa de comprar un paquete de alhelíes, cuando vimos un deportivo de color plateado. Se detuvo junto al kiosco. Se bajó una mujer de unos treinta años, bellísima, con el pelo de color oro viejo, largo, liso, sedoso. Venía sola, o sea, inalcanzable. Esas cosas no suceden nunca. Sí, en los anuncios, en las películas, en las guerras. Vestía de negro, con un chándal negro y una cazadora negra, y zapatillas deportivas. Todo en ella trasminaba eso que los escritores galantes llamaban "lujo y voluptuosidad". Era también alta y segura, indiferente a todo. Aunque no se le veía bien la cara, oculta por la larga melena, me parece que me enamoré en ese mismo momento, aunque de oídas, como don Quijote de Dulcinea, en cuanto la misteriosa pidió el periódico. Era extranjera, una mujer de paso. En un arranque a lo Byron creo que estuve tentado de dejarle los alhelíes sobre el capó del coche y desaparecer. Lo hubiera hecho, para regalarle esa novela, pero luego pensé que quizá fuese propalando la leyenda de que en España los hombres son apasionados, audaces y románticos. Ni siquiera la vi partir. Me alejé yo antes. Ahora tengo en casa unos alhelíes, pan, periódicos y un artículo partido por la mitad, inactual y sin remedio. Como la realidad.

CON EL ÉXITO A CUESTAS

GEORGE Steiner es, básicamente, un hombre que ha dedicado su vida al estudio de la literatura. Ha pasado por España hace unas semanas. Es un hombre a quien acompaña o precede su enorme prestigio de hombre de letras. Alguien ha dicho, “uno de los últimos humanistas”. La frase se ha formulado de ese modo acaso para darle más valor a la catalogación, como a los linces, pero sí, concedemos que es un humanista. En este mundo tampoco es gran cosa serlo, ni de los últimos ni de los primeros. Sus libros, no obstante, justifican que se le tenga por tal. Es, desde luego, judío, algo que en su caso se tropieza uno siempre en un primer plano. Su biografía ha estado marcada, por tanto, como la de otros muchos judíos de su tiempo, por la persecución, el exilio y la memoria de los crímenes cometidos contra ellos. Hoy es un verdadero gurú y muchos, en algún momento, hemos confesado nuestra admiración por él. Pero lo verdaderamente extraordinario es que Steiner ha logrado traspasar los campus universitarios y reclamar la atención de los periodistas. Cuando ocurre algo así, quiere decir que el asunto es serio, cosa, dicho sea de paso, que ese hombre no parece creerse del todo: en todas las fotos el viejo sale riéndose de medio lado, los pelillos revueltos, las hirsutas cejas levantando su acento circunflejo, y los ojos tan pequeños, negros y brillantes como maliciosos.

Convocó, o lo hicieron en su nombre, una rueda de prensa antes de la conferencia que más o menos improvisó. Frente al alegre tumulto de los reporteros, confirmó, como un Dalai Lama cosmopolita, que hoy “el silencio es el lujo más caro”. No obstante, se dijo que la suya fue la intervención de un sabio, resumida en estas palabras: “Tiene más preguntas que respuestas”. Filósofo es ciertamente “aquel que hace preguntas”, pero sabio es quien, además, trata de responderlas.

Y añadió: “El éxito corrompe”. Esa es la frase que más gusta oír a los auditorios. Y no digamos a los periodistas. Nada tranquiliza tanto. De ahí a la exaltación del fracaso, un paso. Vivimos una época en la que el héroe es un Bogart que pierde en la pantalla a la chica que se lleva a la cama después del rodaje. No sé por qué, cuando alguien dice que el éxito corrompe, nunca piensa en él mismo, sino en los demás. No conozco a nadie que crea haber triunfado del todo, o si lo cree, seguramente piensa que los sacrificios que le han llevado al éxito le defenderán y preservarán de todo. Ocuparse del éxito es el primer síntoma de un fracaso más hondo. Por lo demás, ¿en qué corrompió el éxito a Shakespeare, a Dickens, a Goethe, a Galdós, a Tolstoi, a Juan Ramón Jiménez?

Señaló, a continuación, algunas paradojas: “Las dictaduras ayudan mucho a que la gente lea. Antes, en Berlín Oriental, había ocho conciertos diarios, y muchos libros baratos. Ahora hay MacDonalds y películas americanas… ¿Es mejor esto que lo otro? ”. Naturalmente, señor Steiner. Hace años le dijeron a un cubano: “En la Cuba de Castro están los mejores hospitales y las mejores bibliotecas de toda Latinoamérica”, y contestó: “De acuerdo, pero no siempre estoy enfermo y no siempre quiero leer”.

Son muchas las cosas de este mundo que no le gustan a uno, entre ellas las hamburguesas, pero son aún más las que no nos gustaban de aquél. Por otro lado, es conocido que los alemanes orientales, en cuanto salían de sus ocho conciertos diarios, se arrojaban a las alambradas presas del frenesí wagneriano. Iba a tener razón Steiner, a quien sin duda le ha llegado el éxito cuando ya había escrito alguno de sus magníficos libros, en la decadencia, porque el éxito suele delatarse, como un sarampión, en forma de lugares comunes bien repertoriados.

MIRADA CONTRA MIRADA

EN realidad en España a nadie se le ha ocurrido llamar hermanos a los moros, ni siquiera en los tiempos en los que Franco buscó en las cabilas a los hombres que formaron su guardia personal, aquella que flanqueaba empenachada, capeada y a caballo el viejo, negro y pesado *rolls* de sus desfiles. Tampoco recibieron mejor trato de los requetés, militares o falangistas a quienes aquéllos ayudaron a ganar su guerra desigual. Muy al contrario: los humillaron y vejaron como sólo se puede humillar y vejar a un jayán mercenario. Creo que ahora el rey de nuestro país y el suyo se llaman hermanos, y supongo que también primos, pero eso es debido únicamente a que los reyes son buenos y sencillos por naturaleza.

Como en todo hay excepciones, en España contamos con una maravillosa, aunque únicamente tenga la realidad de la literatura, a menudo más verdadera que la otra: el moro Almudena de *Misericordia* de Galdós, una de las más hermosas novelas escritas jamás en castellano.

Por todo lo dicho es más que probable que las únicas personas a quienes los moros consideren como hermanos, mientras se encuentran al norte del Estrecho, sean los suyos propios, de sangre, de país, de religión o de raza. Y por ellos son incluso capaces de sufrir los mayores sacrificios.

Éstos son días de empadronamiento y legalización de inmigrantes. En los consulados, en las embajadas, en las comisarías de policía se forman largas colas. Cada uno de esos hombres es una novela desgarradora, como para hacer renacer la literatura revolucionaria, y la mayoría vive una pesadilla kafkiana a la que no ven final.

Detrás de esa mesa, en la oficina de la comisaría de una remota ciudad del polvoriento levante español, hay un inspector de policía

a quien se ha encomendado la tarea de tramitar la documentación que los inmigrantes le presentan. La mayor parte son magrebíes. Muchos le traen unas viejas fotografías en blanco y negro, hechas hace diez años, y un pasaporte. El policía sabe que la que aparece en la fotografía no es la misma persona que se la está entregando. Tampoco el pasaporte es el suyo, sino de un hermano suyo, que ha quedado en su país. El hombre mira con timidez al policía. Sabe que el policía sabe que ése de la foto no es él, y el policía sabe que el inmigrante sabe que lo sabe. Los parecidos, en efecto, a veces ni siquiera son vagos: no existen. Los parecidos físicos; los morales, son absolutos: hambre, miseria, sueños. Ellos han logrado sobrevivir a la patera, y únicamente quieren allanarle a alguien el viaje; prefieren que se legalice a un hermano moro, de sangre, de raza, de religión, y traérselo de allí. Ellos ya están a salvo. Así lo creen. Tienen derecho a sobrevivir, y ese derecho lo tienen todos, ellos y los que se quedaron en la jaima o en la casucha. Y miran, y sonríen con humildad, temblando, sin saber si será mejor mostrarse servil u orgulloso o nada. Al estampar la firma del suplantado, les tirita de miedo el pulso, convencidos de que será ésa la falsificación que les delate. Así que depende sólo de una mirada, la suya, contra la mirada de un policía. Y llevan a la suya no la insuficiencia de su verdad, sino ese brillo de quienes sólo piden un poco de piedad para un delito que no han cometido: el de ser pobres. El policía se da cuenta de todo, está cansado, y mira también y trata de sonreír a su vez, para que ese hombre que tiene delante pueda leer en sus ojos que entre la ley y la justicia, no siempre en el mismo platillo de la balanza, ya ha elegido, y decirle que se vaya tranquilo a casa y que no se preocupe. Y acaso el mismo policía siente, como en una novela de Galdós, que ha empezado a llamarle hermano en su corazón, sin ser por ello rey, ni bueno ni sencillo.

ENGAÑO Y DESENGAÑO

UNA de las cosas paradójicas que traen consigo la madurez y la experiencia es la amplitud de miras, que a su vez le obliga a uno a cambiar de opinión sobre asuntos y personas que más o menos le incumbían de manera directa e importante. Y esa paradoja nos desconcierta. Nos han enseñado a buscar la verdad, pero nadie nos ha dicho cómo hemos de desembarazarnos de nuestros yerros. La gente suele hacerlo de una manera vergonzosa, con nocturnidad, como quien mete un poco de basura en el cubo del vecino. Hemos necesitado largos años para formarnos una opinión sobre algo, pero un dato preciso nos obliga a modificar en un momento muchas de nuestras ideas, algunas defendidas públicamente todo ese tiempo.

Por razones que no vienen al caso ahora, lleva uno varias semanas metido en un archivo revisando algunos sumarios de consejos de guerra de 1945. Mala época y mal país. Unos cuantos hombres, defendidos por sus uniformes victoriosos, juzgaban sin piedad a otros hombres a quienes policías y falangistas, con métodos que en absoluto diferían de los que usaban por entonces los esbirros de la Gestapo, arrancaban a los detenidos una confesión no siempre veraz de delitos igualmente atroces. Desde luego conocía uno ya lo que fueron aquellos primeros años del franquismo. Pero también conocía las figuras siniestras de Pasionaria ensalzando a un Mariscal Stalin cuyos crímenes ya entonces habían dejado pequeños los de Hitler, o a un Carrillo que enviaba desde Toulouse a sicarios con órdenes de despejarle con una pistola el camino de su ascensión en el Partido. Pero no conocía, con sus nombres y apellidos, a muchos de aquellos que en 1945 murieron por las ideas que defendían Stalin, Pasionaria o Carrillo. Y hemos entrado de nuevo en sus casas misérrimas, nos hemos acercado a la tenebrosa existencia a la que fueron reducidos,

les hemos visto en las cárceles con condenas de muerte sólo por haber pasado la guerra en otro bando y torturados brutalmente en los calabozos de cualquier sórdida comisaría por hombres que también tienen nombres y apellidos.

Después de una no corta militancia comunista, fue uno un anticomunista convencido durante muchos años. La historia incluso parece que nos ha dado la razón: de toda la pesadilla soviética queda muy poco, al menos entre nosotros, como afortunadamente apenas si podemos rastrear vestigios de un Movimiento que era criminal en 1945 y fue sorprendente en 1975, preparando el desembarco democrático. Y sin embargo, aquellos hombres que se jugaron la vida en la clandestinidad de 1945, ¿qué otra cosa podían hacer? ¿Qué podían hacer aquellas mujeres sino transportar en sus capazos las armas con las que se cometerían nuevos asesinatos políticos? Acaso el dolor de estar vivos, que decía nuestro Rubén, sea el de tener que comprender el mal, allí mismo donde nace.

Se lo preguntaba desolado un viejo ferroviario, que tributó a la Causa con diez años de cárcel, cuando se conocieron los crímenes de Ceaucescu y de Honecker: ¿Les hemos entregado la vida a unos asesinos? Y él, que había tenido una salud de hierro hasta entonces, empezó a tomar antidepresivos y se quedaba dormido por los rincones. Lo habría dado todo por olvidar.

Y algo parecido nos sucede cada día a todos nosotros: cuando descubrimos una limpia virtud en nuestro enemigo o una pequeña traición en el amigo. Creíamos conocer a uno y otro bien, y sin embargo… La experiencia podría servirnos, pero no. Y cuando nos damos cuenta, apenas nos queda tiempo, porque la vida es mucho más corta que la distancia entre engaño y desengaño.

YA NO HAY QUE SER MODERNOS

DIECIOCHESCO, decimonónico… ¿Por qué nombre seremos conocidos los que hemos vivido la mayor parte de nuestras vidas en el siglo XX? Alguno tendrán que inventar.

Como dieciochesco tiene una connotación de empelucada frivolidad y de adulterios más o menos aburridos, se buscó para ese siglo una puerta honorable por la que entrar a visitar a los no muy numerosos espíritus nobles que lo poblaron, y así salieron "los ilustrados". Era una manera de salvar la cara. Lo mismo ocurrió con la palabra decimonónico. No puede encontrarse más carga de desdén y desprecio en ninguna otra de nuestro diccionario, viniendo a significar lo peor de lo peor, reaccionario, pequeño burgués, adocenado, aburrido; por eso también se buscó para el siglo XIX la cancela que nos permitiera entrar en él sin sentirnos idiotas, y de ese modo tenemos a "los románticos", que comprendían tanto a los dandies byronianos, como a los revolucionarios de la Comuna.

Siempre le ha intrigado a uno la razón por la cual para unas cosas utilizamos el sufijo en esco y para otras el sufijo en ano. Se lo pregunté en cierta ocasión a un académico de la lengua, y balbució sobre la marcha dos o tres razones de pacotilla. Solana decía que los académicos no sabían nada. Decimos barojiano y solanesco. A nadie se le ocurre decir galdosesco ni churrigueriano. Otras veces la lengua tira por inesperados cerros: cervantino, velazqueño. ¿Por qué no cervanteño, por qué no velazquino? Al principio yo creía que el sufijo en esco, reservado para las cosas gruesas y dantescas, denotaba menosprecio, pero no, porque nada hay más dantesco que lo kafkiano ni nada tan borgiano como lo quevedesco. ¿Quién decidió que fuese dieciochesco y no decimoctano o dieciochano? ¿Por qué decimonónico y no decinovino?

Yo no sé cómo se le llamará al siglo XX. Veintesco, vigesimino,

veintano, vigesimal, vigésico, vigestorio. Es muy probable, en cambio, que a los ilustrados y románticos del pasado siglo XX, se les conozca como “los modernos”. Todos los siglos quieren ser modernos, pero ninguno ha trabajado por la modernidad tanto como éste ni nunca, en nombre de la modernidad, se fundaron tantos regímenes totalitarios ni tan sanguinarios, ni jamás en su nombre fracasaron tantos estilos y tantos ismos, ya tan viejos.

Alguna vez le han llamado a uno decimonónico, con ánimo de molestar. Antes me importaba, ahora, que somos todos del siglo pasado, no tanto: la inmensa mayoría de las novelas que me gustan, se escribieron en el siglo XIX y ninguna de las mejores del siglo XX supera las mejores del otro. Si se pone uno a buscar pintores que le gusten, los encontraría desde luego más grandes en el siglo XIX que en el nuestro. Con la excepción de Mozart y media docena de músicos del clasicismo, la mayor parte de la música que sigue conmoviéndole a uno, se escribió igualmente en el siglo XIX. El último de los filósofos que acaso mereció ese nombre, Nietzsche, murió en 1900. En cuanto a la poesía, podría decirse que buena parte de la que leemos todavía, se escribió en ese denostado XIX, sin que ninguno de los extraordinarios poetas que vinieron después haya podido eclipsarlos. Así que encuentra uno a los escritores, músicos, pintores y filósofos del XIX mucho más modernos que a los del XX, pese a lo cual es posible que se conozca por “modernos” sólo a éstos.

Pero quién sabe. El XX es historia, y la modernidad ha muerto. Ya no tenemos que ser modernos para ser actuales, de la misma manera que los renacentistas comprendieron muy bien que para ser modernos no había nada mejor que admirar sin complejos la obra de los clásicos, hecha de mármol o del puro y libre pensar.

EL HEDOR DEL DINERO

PROBABLEMENTE lo más plebeyo que se haya inventado nunca es el dinero. Ésa, supongo, es la razón por la cual los reyes nunca lo llevan encima. Sólo el robado o el que no ha costado ganar huele bien, y también por eso es lo primero que hace el gánster o la gansterina: meter sus narices con voluptuosidad en el puñado de billetes.

Cada uno de ellos arrastra, impresas en él de manera imperceptible pero indeleble, metidas entre las microscópicas volutas de sus filigranas, toda clase de historias peregrinas, desdichadas o felices. Bastaría, si fuese posible, seguir la trayectoria de un billete para componer una gran novela sobre el género humano, a lo Balzac, más que a lo Wenceslao Fernández Flórez o a lo Somerset Maugham.

El dinero de los ricos no es, ni mucho menos, más limpio que el dinero de los pobres, pero uno espera que el dinero de los pobres sea, como mínimo, más decente que el dinero de aquéllos. Cuando nos tropezamos con un rico decente nos sorprendemos, un tanto incrédulos, pero si nos encontramos con un pobre que no es decente, la tristeza y la decepción nos envuelven por igual.

El dinero de los pobres está en el origen de esta historia inédita y verdadera, que le relató Rafael Alberti, con esa media voz que se pone en las cosas que la conciencia saca de los calabozos de la memoria, que le relató, digo, a su amigo Benjamín Prado, quien a su vez le ha dado a uno el placet para contarla aquí.

Corrían los primeros meses de la guerra civil y cierto día el poeta Miguel Hernández, que volvía del frente, aportó por la Alianza de Intelectuales Antifascistas. Llegaba con un semblante sombrío. Estaba viendo cómo en la retaguardia el dinero corría a raudales, en los agasajos que se les preparaba a los camaradas

insignes y a las delegaciones comunistas extranjeras que se asomaban a la guerra con la curiosidad del que viene a un safari prestigioso, pero sin mayores riesgos, mientras en las trincheras los soldados vivían la extrema necesidad. Ese era un dinero del pueblo, que debería gastarse en el pueblo, en armas y víveres, dijo. Y repitió estar harto de comprobar cómo una vez más quienes arrimaban el hombro y se jugaban la vida eran unos y quienes descorchaban las botellas de vino, otros, y que ellos no eran más que unos señoritos. Alberti y sus camaradas le invitaron con algazara a que todo eso lo pusiera por escrito en la pizarra que había en un rincón, para someterlo a estudio. Así que el poeta, tomó la tiza y escribió con imperturbable seriedad. "Aquí hay mucho hijo de puta y mucha puta". Entre los presentes estaba María Teresa León, mujer de Alberti; ésta se dió por aludida, se avalanzó furiosa sobre Miguel Hernández y le propinó un puñetazo, le rompió un diente y le tumbó de espaldas.

Los dos poetas dejaron de hablarse. Sólo unos días antes de que terminara la guerra, y cuando ya todo el mundo buscaba el modo de irse, Alberti se encontró a Hernández en el improvisado aeropuerto de Monóvar. Aseguró que lamentaba lo sucedido entre ellos, como buen caballero español le echó la culpa de todo a su señora, la ídem de León, y le invitó a llevárselo a Chile, donde pensaban irse. Miguel Hernández le dijo, no, yo me voy andando a mi pueblo. Y eso hizo. Fueron los primeros pasos del poeta oriolano hacia un consejo de guerra y hacia su muerte en una de aquellas cárceles en las no que no era fácil sobrevivir, aunque el origen de todo estaba, una vez más, en la palabra dinero, la única, precisamente, que a un poeta, el verdadero rey de la creación, no le sirve de nada. Tres años después, cuando Hernández se había convertido ya en bandera de su negocio editorial y político, Alberti la enarboló y la agitó de un lado a otro con mucho sentimiento.

CLIENTELA RELIGIOSA

POBRES curas, pobres obispos. No es fácil entender la importancia que se les da, que les damos entre todos, en una sociedad que ha reducido sus compromisos religiosos únicamente a unos pocos momentos estelares, relacionados más que con el negociado de la vida perdurable, con el ramo de hostelería, bien contingente: bautizos, comuniones y bodas.

De su doble moral se han hecho eco y rechifla muchas voces en las últimas semanas: curas que niegan el amparo de sus templos a las víctimas, pero que secundan "las razones históricas" de verdugos y asesinos; una jerarquía eclesiástica que condena el uso del preservativo en los países del tercer mundo, y aconseja a sus misioneras el del anticonceptivo; o esa conferencia episcopal que asegura no poder secundar un pacto contra el terrorismo por encontrarlo político, pero moviliza a su feligresía para torpedear leyes que han sido refrendadas por un parlamento democrático, tales como las que despenalizan el aborto o la que, en su día, legalizaba el divorcio.

No hace mucho se ha visto en los periódicos una fotografía de media docena de viejos cardenales rodeando al vicepresidente del gobierno. Iban vestidos para la ocasión como normalmente ya no van vestidos nunca: sotanas, fajines de generalato eclesiástico, grandes crucifijos de oro macizo y esas tumbagas que ya no estilan ni los rumberos.

La fotografía recuerda alguna de las terroríficas que salen en el muy recomendable libro *La Iglesia de Franco*, que acaba de publicar Julián Casanova. En él se nos recuerda una de las principales razones que ha movido a la Iglesia católica española: su clientela y el poder terrenal que ha ejercido para aumentarla y someterla. De nada sirve que esa Iglesia no haya condenado aún el levantamiento

militar de 1936 (y es probable que no lo haga hasta dentro de quinientos años, los mismos que necesitaron en Roma para pedir perdón por las llamas que tostaron a Giordano Bruno o que necesitarán para condenar la pena de muerte). Al contrario, no hace más que canonizar a los mártires de la cruzada, y no es un anacronismo: quiere conservar su clientela, porque sabe que, en parte, es la misma de aquel 1936 o la misma que está a favor de la pena de muerte.

Curas y obispos no son nada sin feligreses, a los que naturalmente se parecen un poco. Dicen que de todas la sucursales católicas, la vasca es la que más alegrías le da a la Iglesia. Los vascos no sólo son hoy más católicos que los extremeños o los andaluces, sino, como católicos, más numerosos, seguramente porque tienen que ir mucho más a menudo a los cementerios. Para los curas, para los obispos, lo importante es la clientela, que entren en sus iglesias. De ese modo llegamos a una conclusión anticlerical, oportuna ahora que celebramos el centenario de la "Electra" de Galdós: el terrorismo, es decir, la base social que lo apoya, se terminará cuando se consiga implantar en el País Vasco, tierra de carlistas y de curas, una sociedad más liberal y un sociedad más laica que no quiera medirlo todo en fueros, en indulgencias, en anatemas.

LAS DE LA VIDA

EL hombre que mejor y con más comprensión y ternura las retrató, llevando poesía a donde antes sólo se veía miseria, chancro y sífilis, el pintor Gutiérrez Solana, las llamaba putas, y ellas lo aceptaban de él porque sabían que esa palabra venía refrendada no sólo por el uso que el hombre hacía de sus servicios, sino por el respeto con que la pronunciaba.

Contamos con muchos testimonios como para no saber que hace cien años, y cincuenta, buena parte de los hombres se iniciaba sexualmente en los prostíbulos, y muchos conservaban la costumbre de visitarlos de vez en cuando como algo no demasiado ejemplar, pero tampoco demasiado execrable, aceptado incluso por "las legítimas", acaso porque se supiera que en una sociedad en la que los matrimonios eran indisolubles y no siempre armoniosos, esas mujeres de la vida traían a la de algunos un poco de comprensión y otro de humanidad. Nadie, viendo los cuadros de Solana, piensa en sexo, y sí en sentimientos puros, porque a la mayor parte de aquellas mujeres les perdía la pobreza, de donde no podían salir por la tristeza de su vidas alegres.

Las cosas han cambiado. En principio los hombres no necesitan irse a un burdel para acostarse con una mujer ni pagarla para que le escuche, pero la mayor parte de las que se tiran a la vida sigue llegando de la miseria. Estamos lejos de las hetairas que recitan a Safo o de las gheisas que leen Li Po a sus amantes. Las que se ponen en la Casa de Campo se parecen poco a las de Pierre Louys, pero tampoco ya a las de Solana. Verlas a un lado de los caminejos, entre las montunas encinas, subidas a sus coturnos, con sus bragas de plexiglás y medio desnudas en las noches de bajo cero, esperando que alguien las apalabre y se las lleve, impresiona. Algunas parecen unas niñas y el contraste con los tipos siniestros que las estudian

desde las ventanillas de los coches es extremo. Congestiona también el ambiente, los proxenetas pajareando por allí, el polvo en la luz de los faros, las curvas felinas de las más hermosas, la sordidez de las sombras, su indefensión, su miedo apenas disimulado.

En los burdeles de Solana salen mujeres sentadas en una mesa camilla, o peinándose, o jugando a las cartas. Son viejas, jóvenes, feas, guapas, formando un falansterio del vicio, una pequeña familia. En las de la Casa de Campo cada una parece estar allí por su cuenta o la del chulo, asustadas y presas en una jaula, como gacelas que unos negreros arrancaron de la sabana. Porque pobreza es ante todo soledad. El noventa por ciento de las que ejercen la prostitución hoy en España son extranjeras. Es la demostración de que el oficio es uno de los más duros y tristes, por si alguien lo había dudado alguna vez.

Si yo fuese un filántropo, no cerraría la Casa de Campo, como quieren. No. Haría para ellas unos burdeles apropiados, de brasero y conversación, donde, hablando, la parroquia tratara de encontrar a la vida el sentido que no tiene y buscara acabar de una vez por todas con esos viejos políticos que a costa de las de la vida hacen su carrera, bastante menos decente que la de ellas.

LA MODA HARAPOS

LA calle de Serrano se parece un poco ya a la calle de Santo Honorato de París: tiendas de lujo, joyerías, muy selectas boutiques, mantequerías con víveres proustianos y una geografía humana, mayormente femenina, que va dejando en el aire la estela de exóticos perfumes que habrían hecho enloquecer a Baudelaire. También es la calle de los pijos, de la misma manera que Lavapiés es el barrio de los castizos, aunque en Lavapiés no son todos castizos ni en Serrano tampoco son todos pijos.

Vivimos una época que podríamos resumir de esta manera: todo vale y todo vale lo mismo. Entre todos hemos conseguido olvidar aquellos años tristes y sombríos de restricciones económicas y morales, y nos hemos instalado en otros bien hedonistas. Después del valle de lágrimas en que trataron de confinarnos, las playas de un caribe mental, que podríamos cifrar como el grado cero de la existencia: ni frío ni calor, ni grandes pasiones ni grandes decepciones, ni mayores logros ni abultados fracasos. Para muchos, el paraíso terrenal. Y todos más o menos iguales, como las fichas de un parchís, convencidos de que el color nos hace diferentes.

El hedonismo es horizontal y por eso ha sido preciso fabricar un colchón de plumas. Cada una de esas plumas está arrancada a aves muy diferentes, águilas, codornices, buitres. Se diría que el hombre nuevo, el hombre completo, el de nuestro recién estrenado siglo XXI, es aquel que logra disfrutar lo mismo de Tintín que de una sonata de Mozart, de un poema de la desdichada Tsvetaieva, de las Meninas o de un buen coche; estremecerse con una historia de Dachau o con un chocolate negro especialmente amargo para su paladar. Alguien que puede hacer el amor escuchando una misa gregoriana y “morirse de gusto” en un edificio de Aldo Rosi, leer a Homero o enloquecer por el último cantante pop cuyo nombre

durará lo que el parpadeo de una gallina.

El equilibro entre tantas cosas diferentes no es sencillo si se quiere representar con dignidad al hombre nuevo. Es importante, por ejemplo, que no le acusen a uno de aguafiestas. Hemos pasado de ser manchegos a cosmopolitas. Lo peor que puede llamársele a nadie hoy, creo yo, es moralista (o predicador). Sócrates o Nietzsche lo fueron, pero por fortuna ya están muertos. Contra toda evidencia, uno nunca ha tratado de suplantar a los moralistas (no está uno tan loco), y además me gusta contar chistes. Por ejemplo, les voy a contar el último. En la calle de Serrano acaban de abrir una tienda modernísima. La han llamado, no se sabe con qué derecho, Homeless, y en ella venden, a precio de millonario, ropa que "imita" la de los parados y vagabundos. Es de suponer que si entrara un verdadero homeless en el establecimiento, lo echarían a patadas. Como debe ser. El hombre nuevo es aquel que ha logrado triunfar con y sin los dioses, con y contra el gobierno, haciéndose rico con la pobreza de los demás y criando fama de inteligente con la tontería ajena. O sea, todo muy viejo, mientras uno, que quiere dejar de ser manchego para ser parisino sin convertirse en moralista, ensaya nuevas posturas en su colchón de joubertianas plumas variopintas.

DEMASIADO GRANDES

CAUSA una cierta desolación la cercanía de la barbarie. Unas veces, Mao, la barbarie se despliega en nombre de la Revolución y del progreso; otras, los talibanes afganistanos, en el de la Reacción y de un credo religioso. Los hombres se han pasado la vida destruyendo. Carlos y incrusta su maravilloso palacio renacentista en el de los nazaríes de la Alhambra; al final de la segunda guerra mundial se hacen desaparecer algunas de las muestras arquitectónicas más notables del tercer Reich, y el tercer Reich persigue con saña lo que dio en llamar "arte degenerado". De modo que unas veces por "razones" políticas y otras por "razones" religiosas o "razones" artísticas el hombre se emplea cada cierto tiempo en la destrucción de todo aquello en lo que cree ver peligro u hostilidad.

Desde luego, deberían haber dejado tranquilos a los dos budas de Bamiyan, y no tanto porque con su desaparición vaya a resentirse el patrimonio artístico de la humanidad, sino porque nos recuerdan a todos que los ídolos con los que los sustituirán serán no por incorpóreos menos visibles ni crueles.

Durante la guerra civil, subieron unos cuantos milicianos al Cerro de los Ángeles, en Madrid, y a un Cristo de piedra que había allí lo ejecutaron con candorosa seriedad. Luego llegaron los nacionales, y restauraron los picotazos que las balas dejaron en el granito. Desde un punto de vista artístico aquella imagen merecía el fusilamiento. Tampoco parece que valieran demasiado esos dos pobres colosos de piedra, monigotes inexpresivos y sordos. Es curioso, cuando aquel loco atentó contra la Pietà del Vaticano a muchos se nos encogió el corazón, porque vimos en ello no el intento de destruir un símbolo divino, sino de acabar con lo sagrado de cada uno de nosotros. Dinamitan los budas y, después de lamentar el acto de barbarie, se queda uno indiferente. Un ligero

martillazo sobre el mármol de Miguel Ángel, en cambio, lo sentimos como si nos partieran el alma. ¿No es raro? Si de pronto un rayo destruyera ese cristo con los brazos desplegados y a punto de salir volando sobre la ciudad de Río de Janeiro, yo creo que me quedaría lo mismo. No sé, parece que mientras los budas existían, vivíamos al margen de su existencia; desaparecen, y muchos sienten como si les hubieran amputado una pierna. Es todo rarísimo, ya digo.

La historia de la humanidad es la historia de lo que ha ido destruyendo, y si se hubiese ido conservando todo lo que el hombre ha fabricado, esto se parecería todavía más a unos estudios de cine, llenos de tramoya y decorados y uno, demasiado salvaje o demasiado nietzscheano, ha desconfiado siempre de los ídolos demasiado grandes.

Lo colosal impresiona mucho, pero en cambio no suele conmover. A la gente la antigüedad le pasma y tiende a creer que todo lo antiguo es arte o es cultura. De esos budas impresionaba la mole y su edad. Ahora, conmover, me parece a mí, conmovían poco. Y puede incluso que hayan salido ganando: ahora que han desaparecido, empezará a echárseles de menos y a tener su leyenda, como el coloso de Rodas o aquel faro de Alejandría del que aún nos llega el resplandor de su leyenda, con toda seguridad de luz más pura que la que los hombres pudieron darle.

MATICES PRIMAVERALES

PIENSEN esto: ninguna vida, contada en primaveras, es demasiado larga. Pongan la cifra que quieran. Treinta, por ejemplo. ¿Qué son treinta primaveras en la vida de un hombre? ¿Cuánto duran para nosotros las primaveras? ¿Tres, cuatro, diez días? A menudo sólo unos instantes, los primeros que siguen al invierno, cuando reparamos en los tímidos brotes que visten los árboles o en la bonanza del aire o en el perfume melifluo de las flores o en esa inexplicable algarabía de los pájaros o en el paso de la joven desconocida, y ni siquiera entonces, siendo tan escasos, aprovechamos todos esos efímeros minutos de plena conciencia. Pensemos en esa persona a la que le quedan por conocer treinta primaveras. Podríamos decir que le quedan noventa o cien días de vida, y sólo entonces alcanzamos a comprender la fragilidad de nuestra condición humana, nuestra tragedia.

Este año, y como consecuencia de las inclemencias del tiempo, la primavera ha llegado con retraso a todas partes, pero no por ello su entrada en escena ha sido menos esperada ni aparatosa, como si fuese el personaje de uno de esos relatos de Chejov que no va a revelar su secreto sino hasta el último párrafo.

Le gustan a uno los artistas que han pintado o escrito o compuesto el mismo tema una y otra vez. Velázquez retratando tantas veces al mismo rey, o Rembrandt y Van Gogh retratándose a sí mismos; Cézanne pintando a todas horas la montaña de Sainte Victoire; Mozart componiendo la misma melodía reiterada. También me han gustado los poetas, escritores o periodistas que han escrito una y otra vez sobre la primavera, Juan Ramón, Azorín, Ruano, Pla, siempre a vueltas con el tema eterno: los botones florales, la trépida brisa, el alboroto de la volatería, el perfume de las flores sin nombre. También a uno le gusta escribir este artículo

sobre la primavera desde hace cinco años, incluso en medio de los temas angustiosos que reclamarían la atención de uno: la fotografía de ese niño negro que escucha con lágrimas en los ojos la sentencia que le condena, en los Estados Unidos, a cadena perpetua, por ejemplo; los nuevos refugiados macedonios; los últimos atentados del terror; las elecciones vascas. Son, desde luego, graves asuntos, pero ¿quién no entenderá que los dejemos de lado, si les decimos que únicamente nos quedan treinta primaveras, lo que traducido a tiempo real, o sea, el tiempo de la conciencia, no sobrepasará los noventa o cien días?

Como en una de las odas de Horacio, dejémoslo todo. Salgamos a la calle, acerquémonos a un jardín, convirtámonos en testigos de tanto florecer, levantemos el rostro y con los ojos cerrados aspiremos, hasta apurarla, la dulce brisa de estos días, prestemos atención al concierto pitagórico de las estrellas y al heracliteano sermón de las abejas. Mañana todo ello habrá desaparecido, y entonces la conciencia de que ni una sola vida, contada en primaveras, es demasiado larga, tratará inútilmente de minar nuestro ánimo. Hemos blindado el largo invierno de mañana con el minuto de hoy y de él, en tan corta vida, obtendremos toda la eternidad.

EL PREMIO QUE ME TIENES PROMETIDO

HACE unos días andaba un mi amigo, como hubiera escrito Cervantes, con morro muy mohíno porque no le habían dado un premio, o en realidad por creer que se lo habían arrebatado. Le recordé entonces aquello que decía Cervantes precisamente a propósito de los premios: el primero se lo lleva el favor, y el segundo, el mérito. Y también le recordé algo que no dijo Gracián, porque no conoció este siglo, pero hubiera podido asegurarlo, de haberlo transitado: que la mayor parte de los que reciben un premio, ya lo tenían concedido un poco antes de que se hubiera fallado, y no tanto porque los premios estén amañados, que a veces también, sino porque gusta a quien concede los premios premiarse un poco a sí mismo dándoselo a quien por fama o por méritos ni siquiera necesita ya de él, y así vemos cómo el que premia quiere lucirse a costa del premiado tanto como se le luce a éste.

No es probable que haya habido ninguna época en la que abundaran tanto los premios. Se diría que no concebimos nada que no lleve encima la medalla, las palmas, los laureles. Hace cinco siglos los únicos premios que valían la pena parecían los ultraterrenales, y se les desdeñaba incluso: “No me mueve, mi Dios, para quererte el cielo que me tienes prometido”, decía nuestra Santa Teresa. Pero en vista de la problemática eternidad, de la que tanto se duda, la gente parece querer disfrutar todas las recompensas en esta vida.

Nos lo premiamos todo: el cine, la canción, la literatura, los deportes, la paz, las ciencias físicas y políticas, la medicina, los vinos, los quesos, los criadores de canarios… No hay una sola actividad humana que no reúna cada semana a un jurado y a la parroquia que la representa para piropearse con discursos y trofeos

en ceremonias que asombran, sobre todo, por la seriedad con la que se desarrollan: siempre acaban siendo una variante jesuítica de aquellas veladas escolares en las que todos creían que las bandas se las llevaban los mejores, y ya no encontraréis una sola casa en la que no haya un trofeo de algo: de tiro al pichón o de miss comunidad de vecinos.

Es difícil tener una relación de naturalidad con los premios, tanto si los recibe uno como si se los arrebatan o los pierde. Ha dicho uno alguna vez que quien rechaza un premio que no ha solicitado es como si lo aceptara dos veces, por la misma razón que quien lo rechaza sin que ni siquiera se lo hayan dado parece estar pidiéndolo también por partida doble. O sea, todo bastante complicado.

Es muy posible que la sociedad llegue a desconfiar de aquel cuya obra no haya merecido premio de ningún tipo, pero créanme que uno también está en su derecho para no alarmarse: aunque alguien no hubiera visto *Todo sobre mi madre*, juzgando el alboroto extemporáneo de su director al recoger el Oscar, tendría serios motivos de desconfianza; si perdiendo es fácil pasar por un aristócrata, al ganar no es difícil parecer un plebeyo. Quizá por eso parece que una sociedad superior será aquélla en la que no haya premios ni castigos, y en la que nadie los echara de menos.

EL MIEDO

LAS imágenes de la intifada palestina no son en absoluto novedosas. Desde hace años nos acompañan a diario en la televisión y en los periódicos. Esta fotografía es diferente. Se tomó el día en que la revuelta, de modo testimonial, se les encargó a los niños, significando con ello que los adultos están o muertos o en prisión, y nos muestra a cinco policías israelíes equipados con sus cascos y sus armas en el momento en que han detenido a uno de los manifestantes. Éste no debe de tener más de diez años. Uno de los policías lo sujeta con fuerza por detrás, pero lo dramático no está en el rostro del muchacho, que llora con desconsuelo mientras mira fijamente a uno de sus captores, sino en sus pantalones vaqueros, en los que acaba de hacerse pis. Es una mancha evidente, un cerco que abarca la portañuela y toda una pernera. Las razones por las que ese niño había salido a la calle a tirarle piedras a los soldados judíos ya dan un poco igual. El miedo se ha apoderado de todo lo que pudiera haber en su pequeña cabeza o en su gran corazón, y para él no existe en ese instante más que ese presente aterrador que amenaza con sepultarle para siempre.

No sabemos cómo se desarrollará la vida de ese chiquillo a partir de ahora, si pasado mañana volverá de nuevo a la calle a combatir a sus enemigos, si cambiará las piedras por las armas de fuego en cuanto se haga mozo, si precisamente para sobreponerse al miedo que sintió, y para purgar lo que juzgará como una debilidad, acabará cometiendo actos en verdad temerarios (por aquello que decía nuestro fray Luis, “ y así, el mismo temor le dio osadía”), si llegará a viejo o lo matarán de joven, si morirá bajo el peso de esa humillación o si descubrirá en sí mismo algo que le llevará lejos de todo aquel infierno, contradiciendo con ello a un Unamuno convencido de que el miedo tapaba siempre la verdad. Ese chico ha

entrado en nuestras vidas por una fotografía y se ha alejado de ellas para siempre, como esos barcos que vemos cruzar a lo lejos, desde la playa.

Querría uno seguir sus pasos futuros, de la misma manera que pudo W. G. Sebald seguir las borrosas huellas de sus antepasados en el libro que tituló *Los emigrados*, en el que reconstruyó unas docenas de vidas insignificantes desde muchos puntos de vista, pero importantísimas según el principio de que no hay vida sin interés si se sabe contar de la manera adecuada.

Y querría uno saber quiénes son los hermanos de ese chico, y dónde estaba su padre, y las horas de angustia de su madre y sus hermanas, mientras permaneció en la comisaría, y todas las cosas que se le pasaron por la imaginación en el calabozo, si acaso pudo pensar en algo más que en esa mancha delatora del pantalón. Gustaría uno que le dijeran cómo vive y cuáles fueron los sueños que quedaron sin cumplir en su familia, y los que tampoco se cumplirán en él. Así que se pregunta uno por qué razón los periódicos nos muestran una realidad para hurtarnos de ella lo principal, y siente uno otra clase de miedo, no menos potente, al comprobar la fragilidad de todo lo que pasa, de todo lo que nos pasa o se nos viene encima.

SIN NOTICIAS DE NADA

VERDE agua es un libro precioso de Marisa Madieri, nacida en Fiume, triestina de adopción y con una parentela en la que se barajan la estirpe eslava, la estirpe húngara y la estirpe italiana, como suele ser frecuente en cuanto uno deja atrás los Alpes. Baroja, tan radical, lo expresaba de una manera aún más terminante: "En Austria aparece el chino". El librito está dividido en pequeños capítulos, y aunque tiene forma de diario, se trata más bien de las memorias de infancia de su autora, la azacaneada vida de los refugiados italianos nacidos en territorios que la política internacional acabó cediendo a la administración de la Yugoslavia de Tito tras la guerra mundial. Aparecen en esas páginas un gran número de historias, rayanas siempre en la inverosimilitud, en la insignificancia y en la poesía, si acaso tales cosas no son la misma. Entre los personajes que allí nos encontramos, está una abuela octogenaria y analfabeta cuya vida transcurre alrededor de los partes meteorológicos que leen en la radio y que ella exige que le sean puntual y exactamente copiados por su hija. El mal o el buen tiempo, las lluvias, la nieve, el sol, las oscilaciones del barómetro y del termómetro parecen haberse erigido en el centro de las preocupaciones vitales de una anciana a la que de todos modos la meteorología debería haberle sido indiferente, porque nunca salía de su casa. Pero no podía, sin embargo, prescindir de uno sólo de los diferentes boletines radiados en los que se mencionara una isobara.

No es infrecuente que en determinadas circunstancias alguien, habituado a leer a diario los periódicos o mirar los telediarios o escuchar la radio, se vea apartado durante unos días de esos hábitos, a veces tan placenteros y adictivos que el hecho de no poder abrir por la mañana un periódico o escuchar los noticiarios le

lleva a un estado de extrañeza tal, que llega a creer que no leer unas noticias pudiera llevar emparejado el que no hubieran sucedido.

Suele ocurrir cuando uno está de viaje o en unas vacaciones o durante unos días en los que el trabajo nos ha absorbido de tal manera que ni siquiera hemos podido arrancarle a nuestras preocupaciones y a nuestra agenda esos minutos que nos servían para revistar el mundo y revisar los pilares sobre los que a duras penas el mundo se sostiene.

Los primeros días sin noticias de nada la ansiedad resulta insoportable. Se diría que los pilares que parecen ceder y tambalearse sean los nuestros propios, incapaces de soportar esos desarreglos, esa ausencia de historias. Pero poco a poco ese mundo de papel acaba por alejarse, como el paisaje en la ventanilla del tren, y uno empieza a mirar su propio entorno con otros ojos, y quizá su mismo laberíntico interior y su propia historia, y entonces qué placer ese pensar que nada ha sucedido porque no nos hemos enterado. Así que cuando vuelve uno a la rutina y cae de nuevo el periódico en sus manos y comprende que la vida no necesitaba de él para seguir su curso, la extrañeza no es menor, y se pregunta uno cuánto necesitaremos de todo lo que se nos da a diario, todos esos rigores fríos y calurosos de fuera que nos distraen de los verdaderos fríos y calores de dentro, únicos necesarios para ser felices.

LA COMEDIA

EL principal problema de nuestro frutero en las dos últimas semanas era cómo decirle a un hombre de cincuenta años, a quien acababa de contratar como dependiente, que le olía el aliento. El hombre, de mediana estatura, calvo, sin afeitar y ojos saltones, era un tipo con aspecto de infeliz y desastrado, uno de esos seres desdibujados y prematuramente avejentados que han ido dando tumbos durante años por colocaciones subalternas sin que hayan dejado de disfrutar por ello de alguno de los más modestos placeres de la vida, como evidenciaba su barriga cervecera a punto de reventar un viejo jersey de lana. No se puede atender al público con una alitosis tumultuosa, tal era el argumento que tenía preparado el patrón, un muchacho de unos treinta y cinco años. Pero éste no encontraba ni el momento ni el lugar para explicárselo. De modo que durante cuatro semanas se vio obligado a vivir algo que sólo fue comedia cuando dejó de ser un pequeño drama cotidiano, es decir, cuando, una vez abordado el asunto, el oloroso se negó a ponerle remedio al mal y hubo que despedirle, pudiendo el amo y el resto de empleados reírse a sus anchas al recordar diversos lances relacionados con el asunto.

Las comedias no son, como se ve, privativas de los escritores. Todos hacemos alguna, o varias, a diario, con amigos, con conocidos, con saludados, en el trabajo, en la calle, en la familia. Las de la familia pueden dar lugar a verdaderas obras maestras, por la facilidad que dan éstas para que los ensayos y las funciones se reiteren sin desmayo. Sin salir del barrio: conocemos desde hace años a dos viejecitas octogenarias que dan vueltas a la manzana o van a misa una al lado del otro, sin hablarse, cada vez más encorvadas, jibarizadas y consumidas, aunque siguen vistiéndose y estofándose como si siguieran buscando novio. Han vivido siempre

juntas, pero hace treinta años que no se hablan. Si tienen que hacerlo se sirven de la criada que las asiste, tan vieja como ellas y a su servicio desde hace sesenta. Ninguna de las tres tiene, sin embargo, fuerza para mayor violencia que la derivada de un silencio tan terco. Después de treinta años el drama en esa casa habrá dado paso, sin la menor duda, a la comedia.

Otra de las más acabadas comedias tuvo lugar hace dos semanas, el día de San Jorge, y volverá a representarse dentro de otras dos, en la feria del libro, cuando dos centones de escritores se encierren en unas casetas y empiecen a firmarles ejemplares de sus libros a gentes desconocidas. Si estos lectores, a quienes muchos autores adulan de una manera cómica ("el libro no está terminado hasta que no lo lees tú, lector", "los lectores son la esencia de la literatura", "el contacto con el público es importante", son frases a las que cualquiera objetaría: ¿un lector inepto puede completar nada? ¿La esencia de la literatura no es la vida? ¿Cervantes tendría que resucitar y firmar libros para hacer mejor su *Quijote*!, etc.), si los lectores, digo, fuesen conscientes del grado de fingimiento e hipocresía de muchos de sus admirados ídolos y de cómo detestan algunos de ellos firmar libros y cómo ridiculizan a sus propios lectores, acaso pudieran distanciarse un poco y reírse también de buena gana de la comedia que cada año nos obligamos entre todos a representar con tanta solemnidad.

MISTERIOSA REALIDAD

EN medio de penosas circunstancias alguien logra apartarse en un rincón y encontrar lo mejor de sí y de su pueblo, en expresión llamada a perdurar: un canto, una vasija, una tela o unas primitivas joyas y a veces, cuando su civilización lo permite, delicadas y depuradas líneas del espíritu en forma de poema, de palacio, de cuarteto, de escultura. Mientras otros dejan su vida en legítimas ambiciones mundanas o la emplean en malvadas y poco honorables combinaciones, alguien, esquinado y más o menos pacífico, consigue hilvanar una canción harto melodiosa, modelar el barro o levantar la formidable fábrica de una novela. ¿Cómo consigue abstraerse de las tentadoras y temporales parcas? ¿Cómo ha podido sobreponerse a sus propias limitaciones humanas y actuar como si fuese un dios? Es un misterio. Y en tales manifestaciones ese hombre, de aspecto a menudo insignificante y ordinario, procura reflejar algo de la belleza del mundo: el florecer de un árbol, el despertar a la vida de unos muchachos, tal rostro, aquel sentimiento de alegría o de tristeza, un puñado de rosas…

Se celebra estos días en Roma una gran exposición de pinturas de Velázquez. Velázquez es acaso uno de los espíritus más finos y aristocráticos de todo lo español, y no tanto porque persiguiera en vida la dignidad nobiliaria, sino por haberle dado a la realidad, como Cervantes o como Mozart, una categoría superior, la de que nadie es más que nadie, ni menos, en todo lo que concierne a la belleza y armonía del mundo. Pues de eso se trata, de dar cuenta de nuestra realidad en lo que tiene de más noble, su misterio, y así los cuadros de Velázquez suelen ser siempre una excusa para recordarnos a todos que no hay otra vida perdurable que la de la verdad. Una verdad que no es de nadie y es de todos, ni más ni menos.

Ya no recordamos viendo esas pinturas la vida del pintor, ni siquiera la del rey que lo empleó y lo distinguió adosándoselo a su corte. Se nos han olvidado las humillaciones que le inflingieron sus colegas y ni siquiera nos intrigan los aspectos más humanos de su existencia, el lance del que le nació un hijo ilegítimo o el hecho de que sisara unos dineros de la aposentaduría palaciega. Nos importa, en cambio, el milagro que hace que todos, al mirar sus cuadros, no sólo nos sintamos mejor, sino que nos sepamos mejores, esto es, un poco más felices en lo menos.

Así que, viniendo a lo de ahora, de vuelta de ese viaje velazqueño, entiende uno poco lo que está ocurriendo. ¿En qué habrán fundado la mayor parte de nuestros pintores contemporáneos su decisión de hurtarnos lo mejor de nuestro tiempo? ¿Se han secado las rosas del infante Felipe Próspero? ¿Ya no hay rosas? ¿Las lejanías azuladas del Guadarrama se han apelmazado como una sucia tapia? ¿Todos los ojos que se posan en nosotros a lo largo del día se mustiaron? La suavidad de la infanta, el alma de los servidores, la melancolía de los caballeros, la altivez de esas damas, ¿ya no existen? ¿Ya va a ser todo decorativo y manubrio, como en los tiempos del estéril Boucher?

Y sin embargo sale uno a la calle y comprueba que sigue habiendo rosas, cada vez más nuevas, y venus, cada vez más puras, y bufones, cada vez más niños e indefensos.

ARCANOS Y REALES

NO es uno un hombre viajero, si por ello se entiende una persona a quien le gusta partir con el ánimo ligero hacia tierras extrañas y, por tanto, más o menos inquietantes y sombrías. En cierto modo todas lo son, en cuanto se pierde de vista la calle donde vivimos. Por otro lado hoy día viaja ya tanta gente, que uno ha empezado a desconfiar: no puede ser tan bueno. Es cierto que los huevos fritos con patatas fritas son un plato que no deja de ser suculento porque esté al alcance de todos los bolsillos, pero uno recela de paraísos tan a bajo precio.

Había viajeros propiamente hasta hace sesenta o setenta años. Luego, poco a poco, los viajeros fueron desapareciendo y su lugar pasamos a ocuparlo los turistas. Era emocionante leer los relatos románticos, con qué previsión preparaban Goethe, Dickens, Byron o Stendhal sus viajes por Italia, la avidez con la que lo miraban todo, la felicidad con la que disfrutaban de cada átomo de aire, las cartas que llevaban a la posta, en las que querían hacer partícipes a todo el mundo de la plenitud de esos días excepcionales, lejos de la vida que habían llevado hasta entonces, conscientes de su privilegio.

Quién sabe. Quizá viajar sea sólo un estado del espíritu. Recuerdo la primera vez que viajamos mi mujer y yo a Lisboa. En aquel momento, 1978, éramos jóvenes y el mundo todavía no se había enterado de que Lisboa era Lisboa. No se habían escrito poemas ni novelas sobre Lisboa, ni se habían rodado películas sobre ella, ni siquiera Saramago o Tabucchi había descubierto el filón de Pessoa. En cierto modo, y como Roma en tiempos de Goethe, Lisboa era ya una ruina. Las barberías lisboetas, las tabernas del puerto y los fados eran la misma cosa, las librerías de viejo, inagotables y silenciosas, lo mismo que sus janelas verdes, eran una invitación al sueño, y los únicos forasteros en la ciudad éramos nosotros dos.

Después de aquella primera vez, volvimos muchas otras, pero ya nunca dejamos de sentirnos unos turistas, y no digo “unos vulgares turistas” para que nadie se sienta molesto. Pero estábamos deseando regresar a España. Con esto ya está dicho todo.

Creo que uno podría sentirse de nuevo un viajero si pudiera llegar a una ciudad e instalarse en ella durante dos, tres o seis meses. Llevar la vida de los aborígenes, ver las mismas cosas, comprar en los mismos ultramarinos y acomodarse en los mismos cafés, perder el tiempo como lo pierden ellos (el turista no puede demorarse, va a la carrera, hace el tour) y pasear sin temerle a la irrealidad de la distancia. Para ello, qué duda cabe, sólo puede revisitar los mismos lugares, viajar hacia lo conocido. Aunque los románticos marcharan a Italia por primera vez, la conocían tan bien, que para ellos era como volver a su lejana patria. Nada de exotismos. Si no se es explorador ni Paul Morand, no tiene sentido ir a Tombuctú. De manera que antes de salir de casa, ha debido uno descubrirse las ciudades que lleva dentro, como ideas ideales y platónicas. Y entonces es una suerte hallarse en las entretelas del alma la vieja Roma, París, Venecia y diez o doce pueblos así, por el estilo. Y damos gracias a los dioses de que sean esos, tan arcanos y reales como una costumbre, y no otros.

A FAVOR DEL PLAGIO

LOS plagios no se limitan únicamente a la literatura, como muchos podrían creer. El mundo de las ideas está lleno de ellos, lo están la política, los negocios, las panaderías, los periódicos. El demiurgo del cruasán, si viviera y viese lo que han hecho con su invento, habría interpuesto innúmeras demandas en los tribunales de todo el mundo. Los políticos se plagian sus programas, más de lo que podría parecer a primera vista, se plagian los gestos, las corbatas, los asesores de imagen, las amantes, los cigarros habanos, los hobies, incluso los delirios de grandeza. Los bancos plagian también mucho cuando quieren ofrecer a sus clientes irresistibles ventajas para que guarden sus ahorros en sus cajas fuertes y no en las de la competencia. De los arquitectos es mejor no hablar. Los periódicos que denuncian los plagios de los escritores están a su vez llenos de otros plagios, se copian entre sí las noticias, se "las pisan", dicen en argot, y cuando no, dan carta de naturaleza a otros plagios ajenos, como vemos a diario en los anuncios publicitarios gracias a los cuales pueden vivir los editores de periódicos, los periodistas y, naturalmente, los propios publicistas. En publicidad se copian unos a otros de una manera compulsiva y cómica. De pronto se pone de moda la fotografía en blanco y negro o las evanescencias a lo Hamilton o el realismo sucio o la estética jabón de olor. Otra vez les toca a las flacas, y sólo se ven flacas, o rubias, o cándidas, o viciosas. La cleptomanía intelectual en el mundo publicitario es conocida, y no se habrá visto nada menos original que el mundo de la moda, en el que se refritan y saquean una y mil veces, de manera rodada, ideas de los últimos cien años, sin declarar, por supuesto, las fuentes.

A Juan Ramón Jiménez le molestaba que Jorge Guillén y los poetas de la generación del 27, después de plagiarle la poesía, le

plagiaran las tipografías con las que componía sus exquisitos libros. No le molestaba, sin embargo, que le copiaran, sino que pudiendo copiar en otra parte, un poco más lejos, tuvieran que entrar en lo suyo, metiendo un poco de confusión en los lectores. Lo entenderemos con otro ejemplo. Antonio Machado aseguraba admirar a Virgilio por los versos de otros autores que éste metió entre los suyos sin tomarse ni siquiera la molestia de citarlos, y partes literales de Shakespeare salen de un vademécum ordinario de mitología.

No, plagiar no es ni un delito ni una falta, mientras no sea un fraude, y ya una vez se dijo en estas páginas: el plagio sólo está permitido si va seguido de asesinato. Los mundos no se hacen de la nada, como saben bien los niños, que todo lo aprenden copiando, y hay que copiar, desde luego, pero sabiendo a quién se copia y para qué. ¿Qué diferencia a Virgilio o a Shakespeare de tal o cual escritor sin vergüenza? No lo duden: la voluntad de ser verdaderos, o sea, auténticos (que no es lo mismo que ser originales), y si esto les resulta difícil de dilucidar, apliquen un criterio utilitario y moral: quien plagia para preservar la tradición, es decir, en beneficio de la comunidad, y el que únicamente lo hace en beneficio propio por dinero o por vanidad o por envidia; el que lleva el plagio a otra parte, por elevación, y el que se queda pegado a él, sin remedio.

EN LA REGIÓN DE CEFEO

LOS hombres primitivos se pasaban las noches despejadas en blanco auscultando el cielo estrellado y tratando de averiguar el misterio insondable de sus vidas. Todo lo que vale la pena, la poesía, la filosofía y la alegría profunda que puede llegar a sentir el corazón de un hombre, parece proceder de esa silenciosa e inagotable observación de estrellas, astros, lunas y planetas. Y la fascinación que su contemplación provoca en todo el mundo fue de tal persuasiva magnitud, que durante siglos poetas, filósofos y científicos llegaron a creer que en el nocturno cielo estaba escrito nuestro propio destino. Se hizo depender de la armoniosa conjunción de los astros toda clase de sucesos, la coronación de los reyes, las batallas que éstos desataban contra sus enemigos, el amor de los mortales y los peligrosos viajes a los que por amor se exponían, y vidas y muertes se supeditaban a los enigmáticos giros de los cometas, a los inquietantes eclipses y al menor parpadeo apreciado en lo oscuro.

Ese estado de cosas cambió por completo el día en que Edison metió en una ampollita de cristal unos frágiles y temblorosos filamentos de volframio. En ese instante la inmensidad de la noche y treinta y cinco siglos de pacientes observaciones se replegaron ante la arrogancia de la bombilla. Pero quedó un puñado de hombres que no se dieron por vencidos. Los mismos que nos anunciaron hace cinco años el paso del Hale Bopp, los mismos que han traído ante nuestra imaginación esa estrella que acaban de descubrir en la región boreal de Cefeo, situada a dos mil años luz de distancia de la Tierra. Para cuando se publiquen estas líneas habrá multiplicado su tamaño quince millones de kilómetros y la mayor parte de nosotros se habrá olvidado de ella. Es tan grande como nuestro sistema solar, tiene treinta y tres años y crece treinta y dos

mil kilómetros cada hora, pero lo en verdad asombroso es que se haya hecho rodear de una esfera perfecta de vapor de agua, como una burbuja que es una vez y media nuestro sistema solar.

Los científicos no saben cómo ha podido surgir una estrella de esta naturaleza, ni cómo crece, ni por qué razón se ha formado el fanal en el que flota. Sospechan incluso que tarde o temprano se malogrará y desaparecerá, rota en la nada como una pompa con la que Dios hubiera jugado a ser niño en uno de sus soñolientos e inabarcables tedios. En cuanto a los demás, cerramos los ojos y tratamos de imaginarnos ese prodigio, a la deriva como un vilano por los polvorientos caminos de la región de Cefeo. Cuando al cabo de unos minutos conseguimos representarnos tal espectáculo, lo demás, la contingencia nuestra de aquí, se va reduciendo en la misma e inversa proporción, a velocidad supersónica, y por un instante todo se detiene: el veneno de lady Macbeth, quien combinaba arruinar a su vecino, el que en ese minuto traicionaba a su amigo, la joven madre que alimentaba a su pequeño, la boca abierta del niño, las palabras de este artículo, todo se detiene en su arrimo, asombrado de que algo que no entendemos y que ni siquiera cambiará el curso de nuestras vidas, haya podido hacernos mejores, aunque lo ignoremos.

CLASES PASIVAS

DE no haber sido escritor, a uno le habría gustado ser habilitado de clases pasivas. Tengo un buen amigo que lo es. La gente va a verle, se le sienta en el despacho y le cuenta su vida. Mi amigo es un hombre paciente, escucha con atención y respeto todas las historias, por muy peregrinas que le parezcan, y si le piden un consejo, lo da; si no, guarda para sí esos modestos tesoros y con ellos se le macera un carácter cada vez más longánimo y comprensivo. La mayor parte de sus clientes son viudas o viejas huérfanas de militares, jubilados, incapacitados por accidente, en fin, personas que han de litigar con el Estado para conseguir sus pensiones o hacer prevalecer sus fueros. El del habilitado es, como se ve, un oficio de neto raigón cervantino, porque lo más sustancioso de su negocio está en oír relatar los infortunios y azacaneos que la propia vida tiene a bien traerle a su misma casa.

Llegados a un punto, la gente quiere contar su vida, y contra lo que muchos creen, basta adoptar la actitud de los habilitados para que todos empecemos a relatar, incluso a un desconocido, episodios que ni siquiera habíamos confiado a las personas más cercanas. Lo ha podido uno comprobar estos meses de atrás, cuando se entrevistaba con algunos viejos supervivientes del maquis. Sus hijos o sus mujeres protestaban de que le contaran a uno, de primeras, cosas que ellos, en largos años de convivencia íntima, aún no habían llegado a saber.

Fue una buena noticia que, hace dos o tres semanas, el Parlamento decidiera, por unanimidad, levantar el calificativo de bandoleros que pesaba aún sobre los maquis o guerrilleros que combatieron con las armas al régimen de Franco y a la Falange, después de la guerra, emboscados en el monte o en la clandestinidad de las ciudades, y fue buena tanto para los

supervivientes de aquellos penosos tiempos, como para la memoria de todos los que en ellos perdieron la vida. Pero para algunos la alegría no fue completa: las mismas Cortes les negaban su condición de soldados de la República. Contra lo que se supone, en esta decisión última es poco probable que pesaran razones de tipo ideológico, y sí, más bien, prácticas: de haberlo hecho, el Estado se habría embarcado en unos miles de procesos, atendiendo las solicitudes de todos aquellos que formaron parte de las agrupaciones guerrilleras. Hubiera sido magnífico para el gremio de habilitados de clases pasivas y, de paso, para el espíritu cervantino que aún pueda alentar en España, nunca muy caudaloso. Se habrían puesto en circulación, de una u otra forma, los recuerdos de cientos de vidas que dieron lo mejor y lo peor de sí mismas ante la hostilidad del medio. Pero no, los administradores del erario público son enemigos de la literatura, que es tanto como decir de la vida, y a este Estado, o a cualquier otro, deberíamos recordarle que no hay dinero en sus arcas que pudiera pagar adecuadamente una vida bien contada. Todo su presupuesto general no vale la de Fortunata, contada por Galdós. De modo que al Estado ha de hacérsele responsable, más, mucho más que de la pensión que no quiere destinarles a unos supervivientes, de habernos escatimado para siempre su triste historia.

GOLPEA FUERTE

MIREMOS con atención esa mínima noticia que aparecía hace unas semanas en algunos periódicos y sopesemos el modo en que lo hacía y el tiempo en que tardó su estela en desaparecer en el oleaje de los días, como aquella estrella de la región de Cefeo. Aún conservamos el recorte. Se trata de una noticia de agencia localizada en Pekín, pero no fechada, lo cual significa que podría tratarse de algo ocurrido hace cincuenta años, en los primeros del maoísmo, o diez después, en plena ordalía de la Revolución Cultural, o acaso, mucho antes, en aquellos sombríos tiempos imperiales que pasan sobre nosotros como la sombra inquietante del cernícalo. Pero por desgracia uno se teme que siga ocurriendo ahora, mientras se escribe este artículo, mientras tú lo lees y mientras ambos lo olvidamos, porque al contrario que las mareas, que fermenta la luna, cuando se trata del espanto parece que no se halle impulso que no sea invasor, creciente y sin mengua.

Para no ser enfático, se ha tomado uno la molestia de contar las líneas que ocupaba en el periódico: diecisiete, partidas en dos columnas de nueve cíceros cada una, o si lo prefieren en centímetros, de cuatro. El titular es, por tanto, a dos columnas, y viene a ocupar el conjunto, un recuadro de nueve por siete centímetros, el tamaño aproximado de una cajetilla de cigarrillos, simbolizando con ello, sin duda, lo que el señor embajador de China en España y el resto de los empleados de las legaciones chinas en el mundo han hecho cuando se la hayan tropezado: fumársela con sosiego de mandarín mientras las volutas del humo bailaban ante sus ojos la danza del bajo vientre.

En esencia esto es lo que allí se dice: “Las autoridades chinas ordenaron la ejecución de al menos 449 delincuentes durante el primer mes de una campaña, denominada oficialmente “Golpea

fuerte", dirigida a acabar con el crimen organizado en el país, según se informa en la prensa local china. La redada fue ordenada por el propio presidente Jiang Zemin, para frenar la creciente ola de terror que afecta al país".

Muchos son quinientos crímenes en un mes, cometidos ante la indeferencia del mundo. Los amantes de las estadísticas deberían venir ahora en nuestra ayuda, y cuantos se movilizan con estruendo cada vez que se sienta a uno solo en la silla eléctrica en cualquiera de los Estados Unidos de América deberían ayudarnos en esta hora de la perplejidad a entender las asimétricas razones por las cuales un hecho tan desmoralizador como ese no ha provocado las manifestaciones de otros, ni las protestas de los países democráticos, ni la suspensión de relaciones diplomáticas con un régimen tan sanguinario como el de China, ni el llevar a Zemin al parnaso de los Stalin, los Franco, los Pinochet… Al contrario, acaba uno de verle en la televisión con unos políticos europeos, durante una recepción oficial. Todos ellos levantaban sus flautas de cristal con champán espumoso y brindaban por todo lo brindable. Zemin, con soñolencia de tortuga, sonreía. Quizá pensara en el hombre nuevo del que hablaba Marx. Le cuesta tanto crearlo, que, mientras, ha decidido acabar con el viejo, llevándolo a la horca. De todo ello hablaban esas diecisiete líneas y de las distintas varas con las que medimos vidas y muertes.

EL BUEN RETIRO

NO suelo ir nunca a la Feria del Libro, aunque no muestra uno en esa decisión ni arrogancia ni intransigencia con los que sí lo hacen, libreros o editores, autores y lectores. Hace años lo razonaba con una pureza jacobina e implacable, y me decía: "Cuando el escritor escribe su libro, nadie le ayuda, pero le exigen que lo haga cuando los demás tienen que venderlo; no es justo. Lo lógico es que le dejaran en paz". A veces pensaba en los escritores que más me han importado, con los que más he aprendido, que más le han enseñado a uno, y no acababa de imaginarme a Tolstoi, ni a Pessoa, ni a Juan Ramón Jiménez firmando libros junto a éste y al otro, en medio de ese tumulto, teniendo que mantener conversaciones frívolas y de tránsito sobre páginas en las que habían dejado lo mejor y más doloroso de sí mismos. También me acogía a mi agorafobia: toda esas vidas desfilando, como ante las taquillas del metro, camino de lugares donde uno no podría seguirlas. "Yo no digo mi canción, sino a quien conmigo va" eran versos que me asaltaban cuando dudaba ante alguna invitación para participar en festejos tan contrarios a la naturaleza de un solitario.

Creo que algunas personas están convencidas de que este apartamiento voluntario no deja de ser una desatención para con la literatura, un desaire que se le hace, como si ésta siguiese siendo esa señorita decimonónica y un tanto bigotuda a la que dejamos sin bailar en el salón cuando nos lo ha pedido. Hoy la literatura, en cambio, tratan de convencernos, es bellísima: todos quieren valsar con ella, todos, a su costa, hacerse ricos, respetables y famosos. ¿Los libros de texto que estudian nuestros hijos nos hablan por cada Cervantes o Manrique de otros diez escritores contemporáneos, genios de este momento? De modo que el grito de guerra, "¡A la Feria! ", parece justificado. Diez contra uno así lo han decidido.

Algún año, para arrancar de allí a mi editor y llevármelo a dar una vuelta, me he acercado a su caseta. Éste año ocurrió la víspera de su clausura, a última hora de la tarde. Llevaba lloviendo todo el día, las temperaturas se habían derrumbado como un imperio poderoso, hacía frío, y en una hora se ensombrecieron los portentosos árboles centenarios. Apenas quedaban gentes, que se iban ya de retirada, y en el suelo, sucios, pisoteados entre los charcos, expiraba una multitud de papeles y carteles, como estandartes de la batalla librada. La lluvia había limpiado el aire de tal modo que al respirarlo se iba directamente a la cabeza, no a los pulmones, oxigenándola, aclarándonos las ideas. Y ese olor de la lluvia en los bojes mojados, en los brotes nuevos, en las cortezas viejas de los árboles era tan embriagador como un amor a primera vista. Se hizo de noche muy rápido, el cielo negro se oscureció aún más con su tormenta y parecíamos perdidos en medio de la ciudad, allí, en el Buen Retiro, de nombre tan bien puesto. Movía el viento las hojas de los chopos y se oía su canción como un aleo de pájaros. Había desaparecido la literatura y en su lugar, mágica y doliente, había llegado la poesía. Sintió uno que era como empezar de nuevo, con esa tristeza paradójica que nos producen los tiovivos detenidos en la noche y las norias muertas.

ESTADÍSTICA ESTIVAL

NUNCA ha logrado uno dilucidar la razón por la cual a las mujeres les gusta menos el *Quijote* que a los hombres. Ciertamente no hay una estadística que lo confirme, pero lleva uno muchos años compulsándolo entre las gentes que le rodean, en lo que las mujeres escriben o en las entrevistas que les hacen, como para no saber que esto es así. Deberían armar estadísticas que sirvieran para algo. Nos dicen: en España se editan tantos libros al año y se compran tantos más, libros españoles suman tal cantidad y extranjeros, tal otra, y esto, que tiene relación con el comercio, guarda poca con la cultura o con la literatura.

Las estadísticas deberían plantearse de otra manera: ¿Ha leído usted el *Quijote*? ¿En qué página lo dejó? Si logró acabarlo, ¿puede decir si le gustó? ¿Le da vergüenza declarar que no lo ha leído, y por eso miente en las encuestas? ¿Cree usted que haberlo leído una vez le da derecho a no tener que volver a hacerlo, como si se tratase del jubileo musulmán?

Los cuestionarios podrían ampliarse a otros autores. De los libros que compra al año, ¿cuántos lee, cuántos deja por la mitad y cuántos se quedan sin leer? De aquéllos, ¿cuántos le han gustado y cuantos hubiera tirado a la chimenea si se hubiera atrevido? ¿Cree usted que el haberlos comprado le da derecho a hablar de ellos, aunque no los haya leído? ¿Cuántos libros recomienda a sus amistades sólo por el hecho de que le han sido recomendados con esta frase: “me han dicho que está muy bien”? ¿Ha dado libros a alguna ONG? En caso afirmativo, diga si los que dio fue porque no le gustaron nada, y ya no le hacían falta en casa, o porque le gustaron mucho y quiso compartir con otros su experiencia.

Por esas estadísticas sabríamos que el *Quijote* no es libro predilecto de las mujeres, aunque muchas de sus más agudas

lecturas se deban a quienes, como María Zambrano, entendieron que el sentimiento de las cosas no es discriminatorio. A las demás, ¿les resulta en cambio poco romántico? Las mujeres leen *La Regenta*, cuya protagonista es, como modelo literario y femenino, decepcionante: sometida por un hombre vulgar y a un estilo frío y mecánico. Fortunata, de Galdós, diez veces más libre y valiosa como mujer y como novela, parece gustarles menos. O apenas hablan de ella, en relación con la otra. En estos últimos años ha visto uno más referencias femeninas a Bovary que a la Sanseverino, lo que le da a uno el pálpito de que Stendhal, leído por todos, es más de hombres que de mujeres. No podría probarlo. A Azorín, Baroja o Unamuno los leían más los hombres, y las mujeres leían a Pedro Mata, a Zamacois, a Ricardo León, pero era una época en que las mujeres apenas leían y sólo leían eso. Ahora son ellas, según las estadísticas, quienes leen más, pero lo hacen, al parecer, en libros de Gala y de Javier Marías, y a Cela suelen leerle más los hombres. Se ve, pues, que las estadísticas no sirven para nada, se hagan como se hagan. Y sin embargo querría uno saber por qué las mujeres leen menos el *Quijote*. Quién sabe. A Cervantes le leen poco las mujeres como poco los hombres a Emily Bronte, y poco, todos, a quienes hicieron de los libros algo más que estadística, comercio o pasatiempo.

ESENCIAS DE VERBENA

ESE fue el título, *Esencias de verbena*, que le puso Giménez Caballero al documental que hizo del vanguardista Gómez de la Serna. En él se le veía a éste en una típica verbena madrileña, con bausanes, muñecos de pim pam pum, tiro con carabina, verlainianos tiovivos y otras mil diversiones. El realismo de las imágenes es tan veraz que parece trasminar en ellas la irremplazable esencia de la verbena, ese olor a churros y aceite caliente, en el que nadan a la desesperada las gallinejas, los zarrajos y los torreznos.

Hemos entrado hace dos o tres semanas, y nos quedan ocho o diez al menos, en el reino de las verbenas de verano, ese que Machado veía polvoriento, de centellas chispeantes y bajo cielos cuajados de estrellas en el que un niño cifraba su paraíso gastando su vieja moneda de cobre. Hace ya muchos años que no va uno a ninguna de esas kermeses, y sin embargo le gusta evocarlas, acaso porque las que recuerda de su infancia permanecen aún tan puras e intactas como entonces y tan esenciales que temería emborronarlas y perderlas para siempre. Es más, ama uno las antiguas, como incomprende las modernas. Ay, se pregunta uno a solas entonces, mientras le llegan de la calle las notas hojalatescas de las fanfarrias y orquestinas, el ulular de los coches de choque, las sirenas que pone en marcha la caballería del carrusel y las voces gangosas de una tómbola en la que se rifan de manera pomposa "menajes muy útiles para el hogar": ¿Habrá pasado nuestro tiempo? ¿Habremos perdido la capacidad de disfrutar como cuando éramos niños? ¿Dónde ha muerto la ilusión de entonces?

Recuerda uno aquellas verbenas esperadas durante todo el año, porque ninguna otra diversión entretenía la dura brega de nuestros padres, ni se marcaban otros pasodobles que no fuesen aquellos de las noches de junio, de julio, de agosto, ni apenas se comían durante

once meses otros dulces que aquellos que las mujeres amasaban en común y llevaban, en medio de un aire festivo, a las tahonas más próximas.

En un régimen de vida tan austero y sitiado por la carestía, una sola moneda de cobre, o el billete de cinco pesetas, en efecto, significaba un tesoro para muchos niños cuya única diversión consistía en correr delante de los cabezudos, serpentear en el baile o sobresaltar a las parejas de enamorados que buscaban los rincones oscuros de las efusiones y de las confidencias.

Ayer mismo ha vuelto uno, no sabe cómo, a la verbena veraniega de su pueblo e, inexplicablemente, se sintió como entonces, como cuando era chico. La mayoría de la gente se había vestido "de domingo", como ya nadie hace en las ciudades, donde los domingos se visten de todo menos de domingo. Los matrimonio paseaban juntos, como si siguieran enamorados, los chicos culebreaban por todas partes, el olor de las fritangas impregnaba el aire y ponía el contrapunto al perfume del pan y quesillo de las acacias, y, sobre todo, la gente parecía disfrutar tanto con las bagatelas como para no sospechar que lo que allí se ventilaba era otra cosa más importante: el pequeño milagro de volver a pisar, por unas horas, el paraíso perdido donde todos fuimos dioses.

A DÓNDE HUIR

Los lugares comunes, que son al pensamiento lo que la costumbre a la vida cotidiana, acaban por meternos a todos en unos relejes de los que es difícil salirse. El carro de nuestra vida se desliza, así, suave, dulce, soñoliento, y lo creemos vivo, porque se mueve, y lo creemos grande porque va solo, sin auriga, como los negocios del propio mundo, pero lo cierto es que de ese modo únicamente llegará, si llega, a un destino que fue de otro. "Tras ninguna pantalla se esconden tantas cosas como tras la costumbre", nos decía en uno de sus pecios Sánchez Ferlosio, que aprovechaba para instarnos a resistir "con todas nuestras fuerzas a acostumbrarnos a ninguna cosa", porque "la costumbre es una nana que convierte la atención en distracción y la vigilia en siesta".

Da gusto, pues, cuando un pequeño batacazo, una piedra en el camino o el árbol que tumbó el temporal nos obligan a salirnos de las rodadas, a dejar esa senda y a aventurarnos por una propia. Lo ha dicho uno otras veces, a propósito de los asuntos literarios: vale más un yerro nuestro que todos los aciertos ajenos.

Acaba de publicarse, de Juan Aranzadi, *El escudo de Arquíloco: sobre mesías, mártires y terroristas*, molondro en nuestro no siempre andadero verano. Se dicen en él cosas muy obvias, pero tan infrecuentes en el comercio de las ideas actuales, que parecen recién acuñadas: "La democracia española es irreprochablemente democrática como forma de gobierno pero, sin embargo, consagra en la propia Constitución valores que no son democráticos, como el respeto de la Monarquía (…) La nación española aparece como ontológicamente anterior a la voluntad del pueblo español, se presume que existe y que está, además, representada en la figura del Rey y defendida en su integridad por las fuerzas armadas. Este tratamiento es claramente incompatible con los valores

fundamentales de la democracia (…) porque la historia no es fuente de derechos desde el punto de vista democrático".

Son, como se ve, ideas de buena ley, y sin embargo, si las pusiéramos a circular, nos las devolverían en todas partes por falsas, pues, no se sabe cómo, las naciones empiezan siempre a contar su historia a partir de otra anterior, que suplantaron o destruyeron. Y esos derechos "históricos", poco históricos, son los que hacen correr la sangre de los pueblos, más dispuestos a fabular con su pasado, ajeno, que a fundar su presente genuino. La alusión de Arquíloco es, por eso, muy sugerente. "Enfrentado al riesgo de morir a manos de los tracios, el poeta Arquíloco prefirió abandonar sus armas para seguir viviendo". Recuerda mucho a aquel "Do fuir" de Gastón de Foix, perseguido o persiguiendo a los belicosos cátaros por tierras albigenses, defendiendo su vida.

Nos habla Aranzadi de una nueva ética, basada no en el honor o en la valentía, en el diálogo o, ni mucho menos, en la violencia, sino en la huida. Era el sueño de Baudelaire, la ilusión de creer que en cualquier parte mejor que donde estamos. Uno siempre ha mirado con simpatía a según qué desertores, pero las cosas no siempre resultan fáciles. Puede uno incluso tirar su escudo y hacerse monárquico, por ejemplo, pero a continuación no sabrá dónde huir, como no sea hacia sí mismo, con misantropía.

VA DESNUDO, Y ADEMÁS SE RÍE

UNA de las figuras más tristes y penosas que nadie pudo haber hecho nunca en nuestras letras españolas, fue la de aquel pobre e incauto Eugenio Noel, tratando de convencer a la ciudadanía, en España, de que las corridas de toros y el flamenquismo eran no sólo un atraso de nación bárbara, sino el obstáculo para su redención, la plaga que impedía que aquí prosperasen las eminencias científicas y artísticas de meridianos más fríos. Y diría uno incluso que sus campañas tenían algo de grotesco, si no fuese porque aquel hombre puso en ellas lo mejor de sí mismo con idéntica fe a la que muestra ese inventor de quimeras en sus artefactos inútiles.

Bien. Pues igual que Eugenio Noel se siente uno cuando aborda ciertos aspectos del arte contemporáneo. Por un lado no quiere perderse uno ninguna de las capeas y corridas artísticas que tiene lugar en el mundo, y por otro, tampoco quiere dejar de hacer la crónica, con el vago propósito redentor de agitar las conciencias. Patético, sin duda.

Hace quince o veinte años uno creía que el arte moderno se parecía demasiado al rey desnudo del cuento de Andersen o al personaje del *Retablo de las maravillas* de nuestro Cervantes. Han cambiado mucho las cosas, porque ese rey sigue desnudo. A diferencia de entonces, todo el mundo sabe ya que marcha desnudo, sólo que el rey, ahora, además se ríe, viendo que ninguno de sus súbditos y feligreses se atreve a decir de él que va en “los meros cueros”.

Veamos lo que ha ocurrido, por ejemplo, en la última Bienal de Venecia. La gente se ha reído mucho también. Todos se han reído de todos. Había monstruos por doquier, montajes de vídeos de fútbol, monigotes, instalaciones a cada cual más audaces, fenómenos de feria, fetos (a falta de genios) en sus botellas,

pedruscos, chatarra. Como la incapacidad de crear belleza es clamorosa, se ha preparado un discurso sobre la fealdad, y la gente se dedica a hacer cosas feas, a las que da el mismo valor que a las cosas hermosas, porque tiene ya su propia teoría, fabricada a la medida de su limitación. No es probable que nadie quisiera llevarse ninguno de aquellos abortos a su casa, porque con ese fin está el Estado, que los compra para sus museos. En cuanto llegan a éstos, tampoco resulta difícil convencer a unos tipos a los que se timará de una manera clamorosa, haciéndoles creer que la modernidad consiste en eso: sostener las juergas de los parásitos. Lo raro, de todos modos, es que no se advierta el lado pompier de tales ocurrencias, como ésa de poner en medio de una habitación un desatascador de baño, refrito de aquel urinario de Duchamp.

Es todo, francamente, muy raro. Incluso la gente que ve en tales orgías una tomadura de pelo, puede llegar a reconocer, como cierto crítico de arte, “que el desatascador carecía del ingenio o la mordacidad del urinario Duchamp”. Un desatascador, un urinario. Todavía seguimos en eso, como se ve. El rey está desnudo, lo sabemos todos. Lo sabe el rey, lo sabe usted, lo sé yo, lo saben los periodistas, incluso los críticos. Pero en vez de cortarle la cabeza en la guillotina del sentido común al pícaro, miramos cómo se mea en ese urinario, o en las puntas de nuestros zapatos, lo cual le produce mucha, muchísima risa.

REFUGIOS

QUEDAN aún en algunas ciudades, en Valencia o Barcelona por ejemplo, apagándose sobre la cal de los muros, algunos viejos rótulos que indicaban la ubicación de un refugio antiaéreo o las flechas estarcidas que conducían a ellos. Las lluvias, los soles, los rigores de sesenta inviernos y otros tantos abrasadores veranos no han podido borrar las últimas huellas de la guerra civil, y por la razón que sea tampoco ha habido nadie que se haya tomado en todo este tiempo la molestia de hacerlo. A uno, flaneador irredento, el tropiezo con tales avisos le llena el alma a un tiempo de tristeza y de alegría. Tristeza por recordar el dolor que a tal palabra, refugio, va unido, y alegría al comprobar que a veces el olvido es derrotado de manera tan fortuita y natural, por lo mismo que las higueras más vigorosas crecen siempre entre las ruinas.

Los bombardeos sistemáticos y por sorpresa que sufrieron durante la guerra estas ciudades y otras como Madrid, Oviedo o Bilbao obligaban a la gente a correr y a refugiarse en el primer lugar que encontraban a mano en cuanto arreciaban las explosiones y la metralla enloquecía entre los inocentes. Donde las había, solían ser las estaciones del metro las que suplían a los refugios, y si no, para indicárselo a las personas no familiarizadas con el barrio, se ponían esos carteles, de grafía rotunda y vagamente moderna, que le llevaban a sótanos, cavas y bodegas más o menos salvadores.

Cada día, sobre todo en estas ciudades grandes, dos o tres mil personas buscan aturdidas en las paredes la palabra refugio y los refugios mismos, sin encontrarlos. Y sin embargo hay en Madrid seis u siete discretos, casi secretos. Delante de uno de estos, en la Corredera Baja de San Pablo, se forma al atardecer una larga cola de todos aquellos que aguardan su cena, probablemente la única comida que vayan a hacer en todo el día. Tratan de ponerse a salvo

de otra guerra no menos cruel, la del hambre. No son pobres como los que pintaba Solana, aunque haya alguno con esas trazas. La mayoría tienen el mismo aspecto que usted y que yo, visten ropa normal, están limpios, no llevan en la cara los estigmas del alcohol, la droga o la trashumancia, ni están enfermos. Unos han llegado de la Europa excomunista, otros de América, muchos también del Norte de África. En no pocos casos se ve a la familia completa, al padre, a la madre y a dos o tres hijos de ocho, de diez, de doce años. Cerca de Atocha quiso la casualidad que descubriéramos el pasado domingo, camino del Rastro, a las siete y media de la mañana, en un Madrid desierto, otra larga cola, de centroamericanos en su mayor parte, esperando que se les abrieran las puertas de lo que parecía una capilla protestante, ¿un desayuno?, y en las traseras de la Estación del Príncipe Pío se atiende también a los indigentes, la mayoría mendigos, con sopas tristes.

Hace mucho que acabó la guerra aquí, cierto, y sin embargo, pasa uno junto a tales colas, mira los rostros de las gentes que están en ellas, como usted, como yo, y se pregunta uno: ¿por qué ellos y no yo? ¿Qué leyes rigen el azar? ¿Por qué el azar es ley? De modo que seguimos el camino en verdad desorientados y heridos, a merced del implacable bombardeo de la conciencia, sin refugio y no precisamente a salvo.

ESCUELA DE INMOLACIONES

TODOS hemos visto horrorizados en televisión esa escuela palestina en la que se enseña a los niños, junto a disciplinas que no les servirán para nada, porque morirán antes de aplicarlas, la que allí se considera más sagrada y necesaria: la de inmolar su vida por una causa política y nacional, para lo cual les inculcan desde la edad más tierna de su discernimiento que pegarse al pecho dos kilos de dinamita y hacerla explotar cuando se encuentren rodeados de judíos, es preferible a vivir un minuto más junto a ellos. Las pocas matemáticas que lograrán aprender les servirán únicamente para iniciar la cuenta atrás de los días que les quedan de existencia, y si acaso les da tiempo a alfabetizarse será sólo para encontrar en el Corán el versículo que asegura el Paraíso a cuantos encuentran la muerte en la guerra santa. Vimos a los niños y chicos formados militarmente en el patio del colegio. Escuchaban con atención las violentas arengas de unos que podían empezar predicando con el ejemplo. Eran niños bellísimos, llenos de vida, con ese brillo enigmático de la inocencia en la mirada, pero coreaban con furia las consignas de quienes sin duda son indignos de llevar el nombre de maestros.

No suelen servir de nada o de casi nada las protestas parlamentarias y diplomáticas, pero más que nunca hubiéramos querido en esta hora "condenas oficiales" de lo que es sencillamente una aberración un millón de veces más grave que aquella de explotar a los niños en una fábrica o en una cantera: la de robarles la vida con el único fin de proporcionarles una patria de la que sólo se beneficiarán sus explotadores y los descendientes de estos, y de la misma manera que en los foros internacionales se exige la retirada de las fuerzas israelíes de ocupación de los territorios palestinos, alguien tendría que exigir a las autoridades palestinas

que obligaran a retirarse de las mentes infantiles a aquellos invasores que han implantado en ellas un régimen de terror.

Se ha hablado muchos estos días de la globalización, y de todo lo que ésta ha destruido y destruirá, haciendo más pobres a los pobres, más ricos a los ricos y muchos más pobres que ricos. Se dice también: ¿Con qué derecho imponemos modos de vida occidentales a países que tienen sus tradiciones, su cultura, su historia? Y uno se pregunta: ¿Qué tradiciones, qué cultura, qué historia? ¿La de las ablaciones, la de la fatwa, la de la guerra santa, la de la sacralización de las vacas en un país en el que millones de hombres se mueren de hambre, la del sometimiento de los hombres de casta inferior a los de casta superior, la de las mujeres a los hombres y la de los niños a los hombres y las mujeres?… Es muy probable que sólo una globalización racional (versión del viejo lema "luz y taquígrafos") lleve a los países gobernados por los curas, las moscas o los carabineros un poco de esperanza, porque no parece muy razonable embarcarse en una guerra de la que acaso los vencedores sigan siendo los mismos tiranos de siempre en materia religiosa, política, intelectual o de costumbres.

Es todo muy complicado, repetimos. Cierto, pero no querría uno formar parte de una patria cimentada en los huesos de los más débiles. Tarde o temprano se vendrá abajo.

TÍTULOS TRAJE

CUANDO un escritor ha terminado un libro, y a menudo mientras lo escribe, empieza a darle vueltas al título que ha de ponerle, un poco atribulado y con frecuencia indeciso, convencido de la importancia del trámite, acaso supersticioso y seguro de que de tal traje va a depender mucho el trote y la longevidad que a su obra le reserve el destino. Todos sabemos, él mismo lo sabe, que un título no es más que un poco de seda, pero buscará por todas partes, registrará hasta los últimos rincones de su imaginación, puede incluso que pesquise en los libros y cercados ajenos.

Son muchos los que piensan que los títulos de un libro son la mitad del libro, como muchos de los héroes de Balzac, sobre todo esos que el novelista hace llegar a París de las profundas y tenebrosas provincias de Francia, creían que la mitad de su carrera en la capital iba a depender de la ropa que llevaran encima, por lo que casi siempre los primeros lugares a los que el novelista los encaminaba eran la casa del sastre, la del sombrerero o la del camisero.

En la literatura española hay autores que titulan bien y autores que titulan mal. Unamuno titula mal, Baroja muy bien, Valle también bien. *Luces de bohemia* es un título tan hermoso que era imposible escribir nada a su altura. Juan Ramón Jiménez no titula ni bien ni mal y Lorca lo mismo. Antonio Machado titula gris, su hermano Manuel, mucho mejor, y Cernuda muy bien. A veces los títulos están sacados de las obras de otros, pero había que verlos y descubrirlos: *Donde habite el olvido, Velázquez, pájaro solitario* o *Nosotros, los solitarios*, son grandes títulos. Uno, de Cernuda, está tomado de Bécquer; otro, de Gaya, viene de San Juan de la Cruz; el último son palabras de una carta de Nietzsche. Este fue, seguramente, quien encontró títulos más felices para una literatura

moderna que él inauguraba. *El viajero y su sombra, Ecce homo, Más allá del bien y del mal*, son, en su género, perfectos.

Y de la misma manera que nos tropezamos con grandes títulos para libros discretos (*El arte de quedarse solo* resulta tan fascinante como aquel otro de Maistre, *Viaje alrededor de mi cuarto)y* el de muchas grandes obras no pasa de anodino, cuando juzgamos con imparcialidad el de *Guerra y Paz*, el de *Rojo y Negro*, el de *Misericordia*.

Cien años de soledad es un título llamativo con el que Borges se permitió una de sus malvadas bromas, formulada con venenosa ingenuidad: "Me parecen muchos años". Estos días pasados, y en los venideros aún se hablará más, saltó de nuevo a cierta actualidad porque las pruebas de imprenta de esa novela, corregidas por su autor, iban a ser subastadas por una cifra astronómica y un poco ridícula, presuntuosa y risible. Ha ocurrido con ese libro algo curioso: de ser el más leído de una época ha pasado a ser el más recordado, quizá porque la mayoría de los que lo leyeron entonces, temen tanto desbaratar su recuerdo en una relectura, que ni se atreven a abrirlo. Queda de él, sin duda, su título, vistoso, con sus entorchados y galones, con las condecoraciones que la época prendió en su paño, con la pasamanería y la botonadura de oro, igual que uno de esos uniformes militares, acaso como el que tuvo un día ese coronel Buendía, doblado y luchando contra la polilla en uno de esos baúles que sólo huelen ya a humedad, a sebo y a bolas de naftalina.

TIEMPOS Y MIGAJAS

UNA cosa envidiable de ser rey, acaso la única, es la prerrogativa, de la que sin duda hacen uso, de no llevar nunca dinero encima. Con frecuencia les vemos en los telediarios visitando un mercadillo, y aunque nos aseguren que allí compraron tal o cual bagatela, jamás les hemos visto en ese momento de echar mano a su monedero, escoger un billete de banco, por lo general con su propia efigie impresa en él, dárselo al vendedor y esperar a que éste le devuelva el cambio. No es infrecuente que algún miembro de la familia real asista a la inauguración de la feria del libro en Madrid. En cierta ocasión la comitiva, encabezada por una infanta, se detuvo en la caseta de unos amigos. Su alteza escogió unos libros. Preguntó, desde luego, cuánto valían. Nuestro amigo sintió de pronto, así nos lo contó más tarde, algo difícil de explicar, irracional y atávico: se apresuró a regalárselos, quizá porque no soportaba la idea de ver a alguien tan en lo cimero del orden natural descender a las simas en las que los mortales nos relacionamos la mayor parte de las veces mediante unos papeles por lo general sucios y malolientes, es decir, como si sintiera una insalvable y torturante vergüenza de cobrarle a un semidiós algo que por lo demás es lo que le proporciona recursos para poder vivir como mortal. ¿Vergüenza entonces por serlo? ¿Aspiramos en el fondo todos a ser reyes, o sea, inmortales? ¿Ese es el secreto, entonces, de que la gente, ante la imposibilidad física y metafísica de calzar corona o modificar el color de sus glóbulos rojos se conforma con ser monárquica?

Son esos mismos papeles, no obstante, los que hacen enloquecer a la gente hasta el extremo de maquinar fórmulas según las cuales pasen de los bolsillos de los demás a los de uno, sin el menor roce posible, es decir, sin la menor pérdida y en los recorridos más

cortos, a menudo incluso por arte de magia.

Cierra uno los ojos y trata de imaginar lo que son y para lo que pueden servir veinte mil millones de pesetas, que es el monto de la última estafa financiera, y no consigue hacerse una idea cabal de ello. Se ve que tiene uno la mentalidad de aquel rentista en el que hubiera querido convertirse Pla. En su caso se trataba de un sueño tan realizable, que casi era deprimente.

A Emily Dickinson le bastaron los trescientos treinta y seis poemas que escribió a lo largo del año 1862 para considerarse la reina de Amherst, esa figura menuda de la que los niños se burlaban un poco cuando la veían aparecer en su jardín para dar de comer al reyezuelo pinzón. Migajas le daba y recibía de él una fortuna, no canjeable.

Ha empezado uno este año las vacaciones de verano cuando la mayoría las concluye, cuando el propio verano llega a su fin. Eso, ha de confesarse, le reviste a uno de cierta superioridad, física y metafísica. No tiene uno demasiado dinero, cierto, pero cuenta con los instantes de este día y dos o tres periódicos. Sólo con lo que ellos nos dan se siente uno vagamente emperador de tantas historias como se cuentan entre sus páginas. Podrían escribirse a partir de ellas mil novelas, mil poemas, mil crónicas en verdad maravillosas, regalo del azar. Son tiempo y migajas. ¿Quién es más rey, quién es más rico?

BARES

EN este y en otros pueblos de la Extremadura profunda, que son a su vez lo profundo de la España abismal, abren cada quince días un bar. En cierto modo, algo parecido ocurre en todas partes, acaso porque es lo más socorrido: bastan un angosto local en una calle ruidosa, el crédito de un banco que se llevará los beneficios del negocio y dos personas dispuestas a dejarse la vida en jornadas de doce horas que se disputarán, a partes iguales, sus tareas específicas y las inacabables y espesas conversaciones de los borrachos, con los que hay que ejercer de confesores o psicoanalistas. Si disponen de espacio y dinero podrán incluso poner en un rincón una pin-up que lo llenará todo de melodiosas estridencias, y en otro, un gigantesco televisor que verterá su profusa basura sobre las peladuras de gamba, los abalorios de aceituna y las servilletas de papel que alfombran el suelo. Con todos esos requisitos, ninguno de los cuales como se ve es costoso de conseguir, puede usted montar un bar y contribuir al progreso del mundo y a su refinamiento.

Por si fuera poco, a estas alturas tienen los bares una profusa y prestigiosa literatura, aunque, más bien, por el lado de la derrota. Hemos dejado atrás un siglo en el que el verdadero héroe no era aquél que alcanzaba tras penosos trabajos, como en los tiempos clásicos, es decir, en los tiempos heroicos, un patria lejana, como Ulises, o el vellocino de oro, como Jasón, o el jardín de las Hespérides, sino aquel otro que ha ido perdiéndolo todo, lo suyo y, con frecuencia, lo de los demás, patrias, patrimonios, vellocinos y jardines. Ese oscuro tipo que, frente a un vaso de whisky, de coñac o de vino se entrega, en cualquier parte del mundo, al dédalo sombrío de todos los deseos no realizables, mientras ve cómo su vida se le va por su propio sumidero sin dejar atrás otra obra que no sea un grotesco borborigmo.

A veces, en Madrid, al volver a casa, pasa uno junto a alguno de esos bares mal iluminados, con uno o dos parroquianos abrochados a la barra o vencidos en ella, sin hablar, mirando al camarero, también silencioso, que espera paciente el minuto de la ordenanza para ponerlos en la calle y echar el cierre. La visión le revuelve a uno el alma, y no acaba nunca de comprender cómo puede sobrevivir a esa escena, como tampoco se explica que se haya habituado a esas cucarachas que salen de dios sabe dónde, de los mismos sumideros seguramente por donde se nos va la vida. Tal vez por esa razón nos hemos habituado todos a los bares, a sus máquinas alarmantes, a las peladuras de gamba en el suelo, a la visión de esas cazuelitas con callos fríos, a los huevos duros sepultados en una nevada mayonesa de pátina vetusta.

Por razones que no vienen al caso, acabo este artículo en uno de esos barejos de la profunda España en el momento en que a mi lado, como si se me premiara, suena, en la máquina tragaperras, una melodía de moda hace veinte años, que no acabo de identificar, porque se parece mucho a “El tercer hombre” y también a “Pajaritos”. Levanta uno la vista del papel y encuentra a todos los parroquianos mucho más felices que él. Dentro de un minuto saldré a la calle. Debería mostrarme agradecido. Ir a los bares hace que se sienta uno un poco más vulgar y un poco más derrotado, o sea, un héroe de nuestro tiempo.

NUESTRAS COSAS

SON muchos los alicientes que pueden encontrársele a la vuelta de las vacaciones de verano. Para aquellos a quienes nos gustan los periódicos, los hallaremos más abultados. Se tiende a creer que durante el verano los periódicos salen con menos páginas porque suceden menos cosas, cuando en realidad suceden las mismas, pero ni los que los hacen están dispuestos a contarlas, porque se van de vacaciones, ni los que las leen, a leerlas, por la misma razón. Y sin embargo el mundo gira a la misma velocidad, los malhechores cometen parecidas fechorías y la política, en estado de latencia, se multiplica oscuramente como los cánceres más voraces. Un caso como el de Gescartera (y por cortesía ha de abrirse aquí este paréntesis para el lector de dentro de tres años, que ya lo habrá olvidado: monumental estafa a la que contribuyeron, entre otros, el dinero de los pobres y de los fieles ennegrecido por los curas, y el de los curas, blanqueado por los especuladores), un caso como ése, en otro momento del año, sin duda habría hecho crecer el volumen y la tirada de los periódicos, el número de las intervenciones parlamentarias y la actividad de los jueces. Pero surgió en verano, ese período estival en el que se piensa que la gente, entregada a comidas copiosas, largas siestas y profusas sangrías, sólo puede asimilar artículos banales, cotilleos de gente famosa, noveluchas por entregas y parodias un poco estúpidas de algunas realidades comunes. El fin del verano, cierto, no garantiza que los periódicos sean mejores, sólo la desaparición de todas esas colaboraciones festivas que a uno le fastidiaban lo indecible la mañana. Y sólo eso es una gran ventaja.

Volverá la gente a casa, medio arruinada, y no podrá salir en muchas semanas a cenar ni viajar, y las ciudades recobrarán otra vez sus propios pulsos. Es el momento de acudir a los museos y de

pasear por los barrios viejos, sin tropezarse con turistas aburridos que miran hastiados a una y otra parte, maldiciendo su suerte, la hora de salir por la noche al cine y a los restaurantes preferidos: siempre habrá sitio.

Por suerte, el malhumor del regreso hará menos ruidosa a la gente, al menos durante un tiempo. La excitación de los viajes y del veraneo, a muchos les había vuelto parlanchines, nerviosos, llenándoles de una inquietud erizada y hostil. La depresión que les producirá el retorno, los dejará callados durante unos dos o tres meses, los más deliciosos del año. Son también los mismos en los que aparecerán los fascículos coleccionables de todo tipo: idiomas, oficios diversos, películas… Mientras les dura la ilusión de ir juntando las entregas, tampoco se harán notar.

Pero es, sobre todo, el suave triunfo del otoño y del más íntimo de los encuentros, cuando uno abre la puerta de su casa y se abraza a la hospitalidad de sus pequeñas cosas. Es el momento de las reparaciones íntimas. El verano, al fin, ha muerto. Los periódicos han dejado de ser “lúdicos y divertidos”, la mayor parte de la gente vuelve a su trabajo, los niños, regresando al colegio, dan término a dos meses de un aburrimiento que les torturó y les llevó a torturar a todos los que se encontraban próximos, y todo vuelve de nuevo a girar como siempre, aunque sea dolorosamente.

ABURRIMIENTO DIALÉCTICO

SI Carlos Marx viviera, no habría escrito “la religión es el opio del pueblo”, al menos si viviera en nuestra vieja Europa. Cierto que muchas personas, y a menudo muy valiosas, consagran por convicciones religiosas su vida a los demás, y trabajan por la salvación de sus cuerpos tanto o más que por la de sus almas, sobre todo cuando son cuerpos hambrientos, enfermos, maltratados por la voracidad de los ricos, la vesania de los dictadores y la fatalidad de su propia historia. Marx escribió su frase, sin embargo, en un momento en el que los ricos, los tiranos y la historia tenían un aliado precioso en los púlpitos de los templos y en los confesionarios, desde los que se publicitaba una doctrina que podría resumirse así: los cuerpos (algunos, sobre todo) han venido a este valle de lágrimas a sufrir y nada puede hacerse por ellos como no sea salvando su alma.

Han cambiado tanto las cosas desde entonces, que la famélica legión del mundo mira envidiosa a la famélica legión de Europa, y se conoce aquí un grado de prosperidad aceptable: la jornada laboral cada vez es más reducida y el poder adquisitivo, mayor. El principal beneficiario de esa situación es, naturalmente, el tiempo de ocio, en torno al cual gira todo. La industria musical mueve miles de millones, aunque la situación no es tal como para propiciar el cántico, el jolgorio; cada día se inventan dos o tres deportes nuevos y los viejos dejan pequeño al “pan y circo” de los romanos; en cuanto dispone de tres días libres, la gente se lanza a recorrer mundo, con una desesperación insólita; se edita más que nunca, pero los libros duran menos en las librerías y los que se leen, pocos, tardan aún menos en ser devorados, por miedo a que se les considere aburridos, de modo que la mayoría se parecen a una película de aventuras o a un cómic. Y, sin embargo, las cosas siguen

en el mismo punto que hace ciento cincuenta años: el hombre occidental acaso sufre menos enfermedades, pero no es más feliz ni se ha elevado más.

Puesto que la vida es tan corta, cabe pensar que trabajáramos para nuestra propia felicidad y la del prójimo. Pero no. Se diría que el principal cometido sigue siendo el aturdimiento, la anestesia. “El ocio es el opio del pueblo”, escribiría hoy Marx sin la menor duda. Y si la revolución de los cuerpos pasaba por vaciar las iglesias y por el materialismo dialéctico, hoy, para la del alma, no encuentra uno nada mejor que el aburrimiento dialéctico y una lucha militante contra la misma palabra masa, tan plebeya: deporte de masas, cine basura, colonialismo turístico. Entonces fue una lucha contra las minorías en favor de las masas. Hoy no ve uno otra solución que una rebelión contra las masas… y contra las minorías que las corrompieron. Ricos y pobres se divierten ya de la misma manera. Durante años pareció que el paraíso se desdibujaba, pero hoy se presenta ante nosotros con la nitidez de un oasis: una vida sin fútbol, sin rock, sin supermercados, sin televisión, sin parques temáticos… Lo que no daría uno por ver el fin de tanta rabiosa alegría. Muchos añoran la revolución, pero es probable que ésta, la nueva, la del futuro, sólo pueda empezar con radicales sabotajes de uno mismo contra todo lo divertido, porque si algo no es divertido es precisamente la felicidad, una cosa muy seria.

EN LA ESPAÑA REAL

HAY un cierto número de historias que no sabe uno por dónde se deben empezar a contar, sobre todo para sortear, en lo posible, los ribetes sentimentalistas, demagógicos o simplemente retóricos. ¿Por qué extremo hemos de llegar a la historia de los pobres, cuando uno no lo es? ¿Quién nos enseñará delicadeza, suavidad, discreción, paciencia, tono, limpieza de corazón y nobleza, dignidad y llaneza para hacerlo? Como decía aquel pastor soriano a Antonio Machado, "nadie es más que nadie". Pero tampoco menos.

Le enseñan a uno muchas cosas los pastores, pero pocas veces se tiene ocasión de hablar con alguno de ellos. Se pasan el día solos, y habría que buscarlos en lo más áspero de las sierras, en lo más desabrigado de la meseta, para tropezárselos. En una época a los poetas les gustaba pasear por el campo, conversar con la gente rústica, con las mujeres de los pueblos, con la maravilla que son siempre los niños criados cerca de los animales. En sus poemas hablaban del ruiseñor, de los regatos, de aquel tañer lejano de las campanas y del humo dormido, y eran, en el buen sentido de la palabra, poetas agropecuarios. Como premio a su amor por la naturaleza, ésta les acercaba de vez en cuando a uno de esos hombres excepcionales y sabios que todo parecían haberlo aprendido de las estrellas, como los agrimensores celestes del Oriente.

No deja de ser paradójico que el pastor de esta historia se llame Urbano, que quiere decir, como sabemos todos, "el que habita en las ciudades", pero no conoció ninguna hasta que tuvo veinte años, cuando fue a la mili. No es un viejo pastor como les gustaba a los escritores costumbristas ni a los fotógrafos pictorialistas. Tiene ahora cuarenta y dos años. Así, pues, no se trata de una historia sacada de un relato de Palacio Valdés o de Pereda. Trabajó de

pastor, con un hato de cabras, desde que tenía siete. No fue nunca a la escuela. Hasta los catorce, se estaba sin bajar al pueblo seis meses, siempre en el monte con el ganado, de las ocho de la mañana a las diez de la noche, arrastrando su pequeña talega. En la mili se instruyó algo y se hizo camionero. Se casó, tuvo cuatro hijos, y a los pocos años volvió a una finca, como pastor de ovejas. No le gusta el campo ni lo quiere para sus hijos. No ve en él atardeceres opalinos ni le conmueven los cobres de las esquilas. Para él "el campo no es más que esclavitud". Le pagaban cuarenta mil pesetas fijas al mes y un porcentaje sobre los corderos, otras sesenta mil más o menos, sin seguridad social. Todo esto ocurría hace un año. No obstante piensa que su señorito no era malo. En estas historias hay, como se ve, poco margen para la literatura y el mito. Lamenta no haber aprendido más en esta vida, consciente de su inteligencia, y habla del "trabajo gustoso", como Juan Ramón Jiménez, de quien, claro, no ha oído hablar, y de "la obra bien hecha", como d'Ors, del que tampoco. Ha conocido ya el dolor de haber perdido un hijo y por eso mismo le asusta la palabra futuro. Tiene a los cuarenta y dos años lo mismo que cuando vino al mundo: dos brazos y un amor fatalista hacia el trabajo, "para lo único que vale uno". Vota, como nosotros y tiene iguales derechos, aunque ayer se preguntaba: ¿qué derechos? Etc.

LIBERTAD Y YOGURES

FUE Simone Weil una de esas almas piadosas, dicho en el sentido latino, que le nacen al mundo cada doscientos años, destinadas a la tragedia, al sacrificio y al dolor porque antes fueron elegidas para la despiadada lucidez. Sus cuadernos están llenos de anotaciones brillantísimas e inteligentes sobre un gran número de cuestiones filosóficas, poéticas y políticas, en un empeño sobrehumano de hacer que todas ellas convergieran en un mismo punto. Puestos a salvar a alguien, nos dice esa quebradiza mujer, no salvaremos nunca a la persona, sino al hombre entero, tal como es. No siempre resulta fácil seguir el hilo de un pensamiento a veces sólo esbozado, pero a pesar de ello vemos que su principal preocupación fue también la de su siglo y sigue siendo, en cierto modo, la del nuestro: cómo hacer compatibles las mayorías, o mejor dicho, la masa, por usar la palabra de Ortega, con el hombre solo, tanto más superior cuanto más solitario.

Para Weil, tan cristiana ya, Cristo había redimido a todos los hombres en masa, pero éstos únicamente podrían salvarse de uno en uno. Trayéndolo al terreno de la política, el Estado se ocupa o ha de ocuparse de todos, pero el hombre tiene derechos sobre la masa en los que ésta no tiene ninguna jurisdicción. Pero los derechos de las masas, organizadas en mayorías, se han impuesto al fin en un gran número de países. Son hoy los más afortunados, vivideros y prósperos, en relación con aquellos a los que todavía gobiernan las minorías, el imán o el dictador.

El desarrollo de las mayorías ha hecho aún más heroico el desarrollo no ya del individuo, no ya de la persona, sino del hombre solo. Diríamos que el hombre solo es hoy, si le dejan serlo, el verdadero superhombre nietzscheano. En nuestras sociedades hay, desde luego, individuos, incluso personas, pero muy pocos hombres.

¿En qué sentido? En que hay muy pocos hombres… libres. Sólo si el hombre es libre, puede recibir ese nombre.

Las mayorías han crecido de tal modo que acaban invadiéndolo todo. Las mayorías, nos recuerda Weil en una parte de sus diarios, se comportan como los gases: tienden a ocupar todo el espacio de que disponen, por lo mismo que, citemos a Tucídides, el hombre ejerce siempre todo el poder que se le da, nunca menos. La primera es una ley física; la segunda, una ley moral. No es fácil, pues, ser libre con quienes tienden a ocuparlo todo y con quienes todo lo gobiernan.

Pero el hombre que vive en la masa tiene sin duda nostalgia de cosas de las que disfrutaba cuando era hombre solo. La libertad, por ejemplo. Se nos asegura que poseemos dos grandes ámbitos donde ejercerla: para elegir a nuestros gobernantes y para consumir. Cada época ha tenido sus Napoleón o sus Miguel Ángel. Si los que nos corresponden por estadística han nacido, será difícil descubrirlos. ¿La masa los ocultará para que no la humillen? En cuanto a libertad, no ha podido uno ejercerla en toda esta semana, a falta de elecciones, más que en la tienda, hace unos minutos, frente a la estantería de los yogures. Ha podido uno escoger entre cincuenta diferentes, y lo cierto es que los cincuenta me eran indiferentes del todo, incluidos los que al fin se vinieron conmigo a casa.

VÉRTIGO Y CLAUSTROFOBIA

¿QUE ha ocurrido? ¿Qué está ocurriendo? Todos hemos visto y leído estas últimas semanas muchos más periódicos y programas de televisión que de costumbre, y con mayor atención, desde luego. Los primeros días saltó a la palestra todo el escalafón del pensamiento mundial, intelectuales, politólogos, escritores, políticos, desde los generales a la clase de tropa, queriendo, necesitando más bien de una manera apremiante y angustiosa comunicarnos sus impresiones, que en muchos casos nunca hubiéramos sospechado tan expertas e informadas. Se diría que todos y cada uno de ellos, conscientes de lo mucho que nos jugamos, trataban, con la mejor voluntad, de solucionarnos el gravísimo problema. El comprensible deseo de salvar a un paciente que se nos está muriendo a todos -el mundo-, debe disculpar el tono extremadamente retórico que han adoptado algunas de estas exposiciones. Nos lo advertía Juan de Mairena: las guerras al tiempo que destruyen ciudades y vidas, fortalecen la retórica, y el tono se nos peralta, sin querer. Ya sabéis de qué tonos hablamos: el de “ya os lo decía yo” o el de “mientras no se haga lo que yo diga, no hay nada que hacer”. Así las opiniones, a menudo valiosas y bien sopesadas, van sucediéndose con velocidad de vértigo cada día, desplazándose atropelladamente unas a otras como pasajeros de un gran buque que se va a pique.

En circunstancias tan excepcionales como las que vivimos, la caducidad de las ideas es tan portentosa, que lo que decimos hoy, no sólo no vale para mañana, sino que parece que no lo hubiéramos pensado nunca, de modo que ideas e informaciones que apenas tienen veinticuatro horas nos resultan anticuadas y un grave estorbo. Algún día, no obstante, quizá tengamos una idea clara y aproximada de todo lo que, sin que sepamos muy bien cómo, está

sucediendo, tal y como le ocurrió a aquel Fabrizio del Dongo con la batalla de Waterloo, en la que participó sin saberlo.

Muchas de las personas que trabajaban en la Torres Gemelas padecían vértigo y claustrofobia, como hemos sabido ahora, y a la condena de trabajar habían de añadir la tortura de hacerlo en condiciones que encontraban contrarias a su naturaleza. También hemos sabido que una buena parte de la población afgana estaba en contra de sus fanáticos talibanes.

Cuando todo haya pasado, y pasará mucho antes de lo que imaginamos, algunas cosas deberían haber cambiado. Ya no vamos a ser los mismos, nos aseguran. Ah, se dice uno, con la nostalgia de lo inalcanzable, si eso fuese cierto. Se habla ya de que volverán a levantar las Torres Gemelas, más altas aún, desafiantes y suntuosas que las antiguas. Para ello, en Afganistán y en otros lugares, se condenará también a muchas buenas gentes a vivir en sus miserables chozas de adobe otros cien años. Hemos conocido grandes adelantos, pero estas catástrofes le vuelven a uno un poco más escéptico, cuando comprueba alarmado que no sabe si el Hombre, tal y como lo entendía Platón y cuantos definieron la idea de civilización en cuyo nombre la destruimos, se halla mejor cobijado en un rascacielos o en algo más próximo a la tierra.

ALGUNAS VENTAJAS COLATERALES

SI uno fuese vanidoso, tendría motivos muy serios para mostrarse satisfecho: no hay duda de que a estas alturas todos los que firmamos cierto manifiesto contra la guerra y la intervención americana en Afganistán habremos sido ya investigados por el FBI, por la CIA, por la Interpol. Es posible que conozcan las zonas oscuras de nuestro pasado, nuestras cuentas corrientes y nuestras inclinaciones sexuales. Y sin embargo, ahora, metidos de lleno en tal espanto, aterra pensar en las ventajas irrenunciables que de esa guerra deberíamos obtener todos.

Acaso se destierre al régimen de los talibanes para siempre y, aunque sea por una monarquía, habrá sido un buen golpe contra el clericalismo musulmán, no muy diferente del que conocieron nuestras levíticas ciudades no hace tanto.

El terrorismo patrio se retraerá una temporada. La imagen de los aviones estrellándose contra las torres tardará mucho en disiparse de nuestras pupilas. Lo de NY es, como si dijéramos, cualquier asesinato de Eta proyectado sobre un muro, la sombra que hizo grande la llama siniestra de esa candela.

Cuentan también que será un duro golpe contra todos los traficantes de opio y de morfina, y eso quizá ayude a algunos a despertar de su letargo.

Los espacios dedicados al fútbol disminuirán considerablemente en los telediarios y en los periódicos, y a la gente le avergonzará hablar de fútbol, con lo que permanecerá callada o hará un esfuerzo para pensar sobre lo que está sucediendo. Con suerte descubriremos otros valores en esta vida.

Disminuirá de modo drástico la llamada cultura del entretenimiento, aunque es presumible que los promotores de esas cosas no se resignen a las pérdidas de sus negocios y traten de

convertirlos de manera abusiva en recuerdo de las víctimas, ya sabéis, conciertos-homenaje, discos-pro víctimas, banquetes solidarios…

Durante un tiempo amainará el ritmo de los desplazamientos innecesarios por el planeta, y muchos dejarán de viajar una buena temporada. Acaso como consecuencia de lo anterior se decidan a conocer lo que tienen al lado. Un sueño irrealizable tal vez y demasiado prematuro será que, quedándonos en casa, tal vez tratemos de conocernos mejor y, pese a lo aterrador de la experiencia, tal vez sobrevivamos a ella.

Muchos también empezarán a negarse a trabajar en edificios de más de doce pisos y exigirán lugares humanos donde hacerlo. Como consecuencia de ello, la fisionomía de las ciudades debería empezar a cambiar, alejándose de los dioses y acercándola a las personas. Habrá sido el éxito de Palladio frente a Minoru Yamasaki.

Cuando la guerra haya terminado y se hayan devastado unos cuantos países, América y Europa tendrán la obligación moral de contribuir con un plan Marshall a la reconstrucción de lo que han destruido. Ojalá sea ese el principio de algo diferente. Se instaurarán regímenes laicos, se promulgarán constituciones más justas, debería asestarse un golpe definitivo a la discriminación de las mujeres en las naciones islámicas y prohibirse en las escuelas la enseñanza de doctrinas contrarias a la libertad y a la igualdad entre razas, credos, ricos y pobres. Y quizá seamos menos patriotas.

IDEALISMO TRASNOCHADO

TODO el mundo, como es natural, está pendiente de la guerra, y sin embargo uno parece distraerse con otras cosas. Por ejemplo, los niños afganos. Son bellísimos. Todos los niños suelen serlo también, porque incluso en medio del horror, la miseria y el sufrimiento queda en su mirada un fondo irreductible y vivísimo de alegría.

No menos hermosas son las imágenes de las aldeas, de las casas de adobe, del paisaje abrupto, áspero y grandioso de esas montañas por cuyas veredas polvorientas van, en fila india, hombres que visten chilabas, albornoces y balandranes, como en los cuentos de "Las mil y una noches".

Como quizá ustedes sospechen, los que escribimos aquí lo hacemos con una cierta antelación. Cuatro días antes se caen las Torres Gemelas, y ustedes leen un artículo sobre la llegada del otoño en la arboleda majestuosa del Retiro. No piensen que nos hemos vuelto idiotas. Son los tiempos modernos, que nos llevan tan deprisa, que llegamos tarde. Es posible que para cuando lean este de hoy, la mirada de los niños que brillaba con tanta intensidad hace veinte días, se haya apagado para siempre y que muchas de esas aldeas hayan desaparecido. Pero no podría asegurarlo. De modo que escribe uno pendiente de los desajustes.

El primero y más evidente es que, pese a la belleza de ese país, no querría uno vivir en él ni dos minutos. Cierto que, para ser ecuánimes, tampoco querría uno hacerlo en Nueva York, con toda su formidable belleza, sus maravillosos museos y su ópera. Se queda uno extasiado mirando a ese muchacho de diez años, pero es posible que a esa edad sepa ya que a las mujeres hay que pegarlas con un vergajo si han descuidado la observancia coránica y, para que el infierno quede completo, no es impensable tampoco que la muchacha a la que su hermano acaba de azotar comprenda que las

cosas han de ser así, porque así fueron siempre.

Nos aseguran que esta guerra habrá acabado con grandes lacras. Han bastado un par de horas y seis mil muertos para que los Estados Unidos hayan convencido a todos los países para que éstos congelen los depósitos bancarios de "sus" terroristas. Cuando se trató de los depósitos de los terroristas de los demás, de los narcos o de los estafadores internacionales en paraísos fiscales, la utopía fue tachada de "idealismo trasnochado" por los sanedrines del capitalismo mundial.

Nadie quiere hablar estos días de superioridad de una civilización, la occidental, sobre otra, la musulmana. En muchos aspectos, político, social, moral, debería abordarse esa cuestión sin miedo, y tan terrorista es el que se lanza contra el Pentágono, como el que elimina con una hoja de afeitar el clítoris de una niña. Tampoco hay muchos que quieran preguntarse lo que nuestra famosa civilización tiene ya de incivilizada ni si los modelos de vida siguen siendo modelos. ¿Siguen siéndolo? ¿Cuándo fue la última vez que usted se sentó en silencio a ver las estrellas? Si dos hombres tienen frío y sólo uno tiene capa, parece lógico que la capa se divida por la mitad, es lo civilizado. Cualquier otra solución pasa por el terror. ¿O esto último sigue formando parte del idealismo trasnochado? La guerra, como se ve, nos desajusta la cabeza y los artículos.

EL MUNDO EN LAS MANOS

EN el diccionario que manejo a diario, que me acompaña desde hace más de veinte años, a Afganistán se le dedican dos líneas: "Vasto Estado del Asia Central colindante con Persia y el Indostán". Nada más, y pese a ello no cambiaría ese por ningún otro diccionario, ni antiguo ni moderno. Es el mundo en las manos.

Se publicó en 1919, el mismo año en que Afganistán obtuvo su independencia, después de la tercera guerra angloafgana, tiene mil ochocientas sesenta páginas, ocho mil grabados y doscientos cincuenta mapas. Su título exacto es el de *Diccionario ilustrado de la lengua castellana*, y apareció en la célebre editorial de Saturnino Calleja. Su formato, relativamente manejable, es el de un voluminoso tomo en cuarto y conserva las cubiertas originales en tela estampada.

Resulta asombroso la cantidad de cosas de las que habla y que han dejado de existir: Persia se llama ya de otra manera, y el Indostán hoy es India y Pakistán. Tampoco doblamos las tarjetas de visita para retar a nadie ni hay duelos a espada. En menos de cien años ese diccionario parece haberse convertido en un cementerio. Por ejemplo: lo abre un santoral completo, pero acabamos de saber que la mayor parte de esos santos no tiene ya más sustancia que la que pudiéramos otorgarle al reino de Siam, a las minas de jade o a don Francisco Silvela, que aparecen en él.

Los grabados están realizados en planchas de acero, así que son de trazo fino, duro, decisivo, y le están dedicados a todo un poco. Salen personajes célebres, reunidos por una mente desconcertante (Volta, el general Lavalle, Mesmer), inventos (el fusil neumático, el giróscopo, el hidrostato o campana de buzo, el indicador celeste de Maupeim), plantas y animales, órdenes arquitectónicos y un sinfín de objetos, como la salbadera, que ya entonces eran inservibles o

estaban en desuso.

En cuanto a las voces o palabras, su definición es escueta, breve, de emergencia. Se ha suprimido de ellas mucha literatura ociosa: tal vez por ello fuese el diccionario preferido de Azorín. Como es sabido, la mayor virtud de Azorín no es la inabarcable amplitud de su vocabulario, sino haberle dado muchos años de vida a palabras que cuando él las tomó estaban muertas o moribundas, sin contar esa prodigiosa facultad, aprendida en él por Pla, de hallar el adjetivo preciso e inamovible (después de leer "el sosegado alambique", en las *Confesiones de un pequeño filósofo*, ¿qué alambique se atrevería a no ser sosegado? ¿Que nao, tras Homero, osó no ser cóncava?).

Pero no acaba aquí la historia de este diccionario. El ejemplar que yo manejo debió de pertenecer bien a su corrector editorial bien a un sabio filólogo. Fue, en cualquier caso, un amante de esta lengua. En todas y cada una de sus casi dos mil páginas hay anotaciones suyas a mano, con lápiz rojo para el somero subrayado, o negro para sus siempre pertinentes reparos, modificaciones y añadidos. Y por lo mismo que hay en él un gran número de palabras que ya no nombran nada, faltan muchas otras sin las cuales no entenderíamos lo que está pasando, misil, ántrax, y algunas que no figuraban en él, talibán, rascacielos, acaso empiecen a dejar de existir. Y sin embargo el mundo sigue siendo algo firme y seguro en ese diccionario de inocentes palabras y grabados ingenuos.

EL ÁRBOL DE LA CIENCIA

"VINIERON los sarracenos / y nos molieron a palos, / que Dios ayuda a los malos / cuando son más que los buenos", cantaba sabiamente una coplilla popular. Es deseable, sin embargo, que en esta y en todas las guerras ganen los buenos, pero lo único de lo que podemos estar seguros es que Dios va a estar, mucho antes de que empiecen a librarse, con los más poderosos.

Es natural que en un mundo en el que abundaban los dioses y los ídolos, cada vez que surgió un Dios con voluntad de exclusiva unicidad fuese cruel, belicoso y aun sanguinario, teniendo en cuenta que, para despejarse el camino, empezaba pasando a cuchillo a todos los demás dioses impostores. El de los sarracenos ayer o el de talibanes hoy lo es también y el de los cristianos lo fue hasta hace bien poco, y ha vuelto a serlo de nuevo. Dioses ambos desconfiados, maliciosos, vengativos, justicieros, dioses meticones, ordenancistas y abusivos.

No obstante, y como habría dicho Juan de Mairena, incluso los dioses tienen sus cosas buenas, y a veces en común. Si el Dios de los judíos y el de los árabes se parecen tanto, y de ahí que judíos y árabes se entiendan a la perfección desde hace dos mil años, unidos en la guerra como en matrimonio, el Dios de los cristianos, injertado por San Pablo en el recio tronco romano, dio frutos nuevos y desconocidos hasta entonces: en vez de aniquilar a todos los dioses y diosas anteriores, los entronizó de modo que sus viejas y bellas estatuas sirvieran, como vírgenes y como santos, en el nuevo culto. La semilla de la belleza, que es siempre la del libre pensamiento, fue dejando sin savia aquellas partes de intransigencia y oscurantismo en un árbol que nunca mejor que entonces pudo llamarse "del bien y del mal". Claro que el arte de la horticultura exige paciencia, prestancia de ánimo, una tierra feraz, un clima

propicio y mucho tiempo, y así fue como ese árbol que está en el origen de la pérdida del paraíso y de la infelicidad del hombre, por el trabajo de éste llegó a convertirse en verdadero Árbol de la Ciencia, capaz de suministrarnos ya que no la inmortalidad, algo que se pareciese a la felicidad, sin salirnos de este mundo.

Ahora bien, todo ello tardó en fraguarse, al menos en algunos sitios, otros dos mil años. Recordemos, por ejemplo, que la última guerra en España aún recibió el nombre de Cruzada y que en ella se dio muerte a miles de hombres por el hecho de que fueron encontrados descreídos e infieles o, al contrario, sólo por no serlo.

Después de aquello, pensaba uno que a Dios, en el llamado mundo occidental, y como quien inutiliza una complicada bomba de relojería, le habíamos desmontado entre todos con harto trabajo, al menos para los negocios públicos, y nada tan público como una guerra. Pero no. De una parte y de otra han vuelto a ponerlo al frente de los ejércitos. Por suerte, uno y otro Dios tienen ya poco que ver (aunque la propaganda, con una irresponsabilidad muy tonta, nos los presente hermanados). Como Dios, el suyo, el de los talibanes, qué duda cabe, es mucho más Dios que este que nos representa a los de esta parte, pero, como vencedor, éste no sólo nos conviene a nosotros, sino que les convendrá a ellos en esa tarea de hacer crecer el Árbol de la Ciencia, a cuya sombra nadie es más que nadie.

IMPULSO AMBIENTAL

CREO que es así como Chomsky ha denominado la agitación intelectual y opinativa con la que la mayor parte de nosotros hemos respondido al estímulo de la guerra en Afganistán, estímulo que algunos habrán sufrido como un hierro al rojo vivo en su piel y que a otros, por el contrario, les habrá hecho sentir las abismales pulsiones de la venganza. No es fácil vivir indiferentes a tales impulsos del ambiente, y no pocas veces resulta inmoral hacerlo, pero la vida, niveladora de tantas cosas, acaba por llevarnos a lugares en los que vamos sobreviviendo.

En este mismo instante están muriendo miles de hombres en guerras que no han tenido la fortuna de haber subido a las carteleras de nuestro Broadway mediático y aún hay millones más que padecen hambre y enfermedades sin que hayan visto desmoronarse las célebres Torres Gemelas y para los cuales eslóganes como “Justicia infinita” o “Libertad duradera” son un escarnio o una mofa.

Hace un par de meses estábamos inquietos, preocupados, entristecidos por unos acontecimientos que nos arrastraban como un torrente. No ha sucedido nada que nos lleve a pensar que las cosas hayan mejorado, y sin embargo hemos decidido cada cual seguir con nuestra vida. Los que tenían previsto y organizado su viaje a Venecia, por ejemplo, no han querido suspenderlo, y se han encontrado con una ciudad tan hermosa como siempre, más aún si cabe al saberla una criatura que ha nacido de una laguna muerta y de la misteriosa luna de sus canales, cuidada por la sombra de esos gondoleros que vagan por ellos como espectros.

Vicenzo Cardarelli escribió de Venecia uno de los más hermosos poemas que pueda leerse sobre esa ciudad. Ha visto en ella todo el otoño en las pocas hierbas que le crecen entre los mármoles a un

alféizar. Hace casi veinte años debimos leer el nombre de ese poeta italiano en una antología, pero entonces no reparamos en él. Ahora, en medio de esta guerra, ha llegado a nosotros su libro extraordinario *El tiempo tras nosotros*. Su fino traductor, Enrique Baltanás, no dice mucho de él, pero a juzgar por este puñado de versos, sólo podríamos situar el nombre de Leopardi por encima del suyo en la poesía italiana. A Cardarelli, muerto hace más de cuarenta años, le son indiferentes ya esta guerra de Afganistán, el Islam y Occidente, pero no lo es para nosotros la delicadeza con la que nos habla de las cosas en las que ciframos la vida. Cada uno cultiva para sí mismo sus pequeñas guerras y sus carbuncos, y, ¿en qué corazón no encontraremos la tumba de un soldado desconocido? Cuando nadie oye tu voz para detener la muerte, parece decirnos Cardarelli, súmala a la vida, celebra con ella la belleza de tu pequeña ciudad, del rincón donde estás, de la persona a la que amas. Cada cual vive lo de todos en silencio. Alguien levantará en el légamo de esas palabras, sobre fundamentos infrecuentes y adversos, una ciudad como Venecia. Cierto que apenas hay en ella jardines y algunos de sus canales son fétidos, pero, ¿no continúa en pie, cada día más firme? Lee uno ahora estos versos, en medio de tantas cosas que no los propician, y se deja arrastrar por su belleza. Tampoco lo que ocurre hace de Venecia, precisamente hoy, algo lógico. Y acaso por eso nos son tan necesarios. Imprescindibles.

ROSAS DE OTOÑO

¿SABRÁN disculparme si una semana más se habla de la guerra en esta página? Claro que no será de la guerra de Afganistán, sino de la otra, aquella de 1936, de nuestra guerra. ¿Nuestra? En cierto modo todas en las que muere algo valioso lo son, pero aquella lo fue aún más, por cuanto se prolongó en la casa y la memoria de todos los españoles durante casi medio siglo. Fue, sí, la guerra más larga de nuestra historia. Se iniciaba en 1936 y no empezaba a acabarse de verdad hasta 1975, aunque tampoco es del todo inverosímil que tarde al menos otros cincuenta años en olvidarse por completo, a juzgar por lo que aún sentimos ante alguna de sus imágenes. No, no es posible olvidar por el momento, porque en ello nos va el dolor de nuestros padres, y si algo hay más sagrado que la vida o su muerte, es el dolor. Raro es el dolor que no nos engrandece algo y más rara aún la persona que no es un poco mejor mientras está sufriendo.

¿Qué ha quedado de ese largo dolor que empezó en 1936 y que todavía dura en muchos de nosotros de una u otra forma? Acaso ese dolor nos dejara el más preciado bien que nunca agradeceremos lo bastante: el miedo a que aquello volviera a repetirse. Cuando se habla del milagro de la transición española, se aduce un buen número de causas, pero se olvida la principal de todas ellas: el miedo que sentían muchos españoles a que la guerra volviera a repetirse. “Todo antes que tener que pasar otra vez por aquello”, fue la consigna, sin importar el bando en el que hubieran luchado, y eso fue lo que hizo que gentes que habían amenazado lanzarse armados de nuevo a la calle si volvían los comunistas, transigieran, y que antifascistas que habían jurado morir luchando por la República, renunciaran sin demasiada lucha a la bandera republicana, y aceptaran al Rey. De modo que nos quedó cierto miedo providencial y una ilimitada pena, que se aviva cada vez que, como ahora,

vuelven a posarse nuestros ojos sobre algunas fotografías de la guerra.

Pueden verse en una extraordinaria exposición del MNAC de Barcelona. Reconocemos algunas de las más célebres de Centelles, de Alfonso, de Capa, de «Chim», pero es el conjunto el que llega con enorme facilidad a lo más hondo del alma. Resulta extraño que podamos hablar de belleza ante imágenes tan trágicas, tocadas de un dolor tan palpable, pero lo cierto es que algunas de ellas no sólo son memorables, sino hermosísimas, a pesar incluso del sesgo sutil que los organizadores parecen no haber podido evitar (una vez más los de un bando parecen más "pueblo", y los del otro sólo "militares", olvidando que tan pueblo fueron los labradores castellanos como los mineros de Asturias).

Han pasado ya más de sesenta años de aquello y esas imágenes siguen dando aún sus hermosas y tristes flores. Son las rosas de otoño. Parecidas a las cuatro, últimas de este año, que están en un vaso de la mesa donde escribo estas líneas. Sólo ahora que se acuerda uno de ellas y levanta la mirada para admirarlas, constata que se han marchitado. ¿Cómo, cuándo? Todo lo que sucede parece suceder demasiado deprisa y sin consciencia. Nos queda, claro, el dolor de haberlas perdido, como las mismas guerras, y la belleza de su sombras, que a veces podemos reconocer, como en esas fotografías.

AQUELARRES URBANOS

NO sabemos exactamente el motivo, pero fuera de las venas, la sangre no ha llegado todavía a saber comportarse sin llamar la atención, y a menudo lo hace con estrépito y escandalosa insolencia. Y no sólo en la vida real, sino en la literatura. Unamuno, un poeta a quien no se le resistían los secretos filológicos de nuestro idioma, lamentaba que en castellano no hubiera encontrado para uncirle al yugo de la rima más que otra palabra, poco adecuada para la lírica: palangre.

La mitad de nuestra vida la llenan las divagaciones y transiciones difusas. No siempre tenemos las ideas claras, no siempre concluimos, no siempre sabemos lo que queremos ni de dónde partir. Al contrario, nuestro estado natural es el de la indeterminación, que todo lo rige. Lo extraño es que tal indeterminación además es armónica, como las leyes que sostienen en el cielo los planetas, en su perpetua y majestuosa gavota. Hace un rato pensaba escribir en esta página de otro asunto, animado sin duda por el tono de unos artículos de Álvaro Cunqueiro de hace medio siglo y recogidos ahora en un pequeño volumen que se ha ofrecido a los lectores del periódico gallego en el que los iba publicando. Hablaba en ellos a sus paisanos, como si lo hiciese en el aula magna de una sociedad científica londinense, de relojeros antiguos, de trasgos y de globos aerostáticos, y lo hacía recordando figuras bien amadas por él como Maistre, el doctor Johnson o Cornelio Agrippa, tan necesario éste cuando se quiere hablar de ángeles. Al haber conocido hace poco a alguien que a ello se dedica, había decidido yo también escribir sobre un tema de gran actualidad: los constructores de instrumentos musicales antiguos.

Volcados sobre su banco de carpintero son lo más parecido a los ángeles, ciertamente. Con cuánta delicadeza van encolando las

piezas de madera en esa habitación saturada de livianos perfumes de sándalo, de cerezo, de palosanto. Se diría además que el silencio en el que lo hacen es parte fundamental para que esos laúdes, violas y guitarrillos suenen bien, cuando los dedos del músico arranquen de ellos acordes sólo comparables a los que los dedos de la lluvia despiertan en la hoja del árbol.

Sabemos que la música amansaba las fieras, al menos en tiempos de Orfeo. Hoy, buena parte de la que se nos obliga a oír tiene por objeto desquiciarlas y enfurecerlas aún más. Cada sábado, en la Plaza de París, que presiden los melómanos Fernando VI y Bárbara de Braganza, unos cientos de jóvenes se emborrachan compulsiva, salvajemente durante unas horas, a veces hasta perder la consciencia. Cuando dejan libre el campo, quedan sembradas por el suelo, testimonio de su demencia, basuras y vomitonas que las autoridades municipales se apresuran a hacer desaparecer, como si el crimen no hubiese sucedido. Alguna vez, no es infrecuente, sorprendemos también un charco de sangre sobre la acera y las huellas de otros dedos, éstos ensangrentados, en una pared. Y esa sangre, tan temprano, no acaba de justificar su presencia allí, como no sea la de abortar la rima de la mañana, la música callada de los gorriones o la más angélica labor de quienes recomponen el astillado mundo para hacer brotar de él laúdes, violas y guitarrillos con toda la fuerza consoladora de las viejas armonías que duermen en sus ventrudas tablas.

LAS POMPAS DEL MUNDO

CUANDO en los ya muy remotos años de la niñez, en aquellos días de difusa catequesis, se nos preparaba para la confirmación de los compromisos del bautismo, haciéndonos abjurar de las pompas del mundo, no sabía uno exactamente a qué se estaban refiriendo. No sólo porque en la vieja, pobre y levítica ciudad de León podríamos hallar de todo menos de pompas mundanas, sino porque a los nueve o diez años las únicas pompas que pudiera representarse un niño eran las siempre frágiles y bellísimas que sacábamos del agua jabonosa y que entretenían nuestros tediosos ocios, de modo que cuando el buen párroco, a gritos, preguntaba a la parvada catecúmena si aquel ejército de Cristo estaba dispuesto a renunciar a las pompas del mundo, uno, a gritos también, respondía con ardor de combate que sí, aunque sin hacerse una idea cabal de la forma, color y tamaño que pudieran tener tales pompas, ni de quién ni desde dónde las estaría lanzando a sus vagas órbitas como astros llenos de paraísos cuajados de muy peligrosas y seductoras tentaciones.

Los estoicos, de los que tanto aprendieron los cristianos, como se sabe, resumieron los negocios de este mundo en dos: necesarios y superfluos, y rechazaban estos últimos, como los honores, porque dado que el hombre nunca se siente satisfecho de ellos, no contribuyen ni a su felicidad ni a su perfectibilidad. La opinión de los estoicos, tan sabia por otro lado, no ha sido demasiado tenida en cuenta, y si pudiéramos viajar a la conciencia de muchos, veríamos que consideran a aquellos beneméritos que sólo querían ser más con menos unos pobres desgraciados.

Uno de aquellos desaprensivos fue Bartolomeo Colleoni que dejó a la ciudad de Venecia su fortuna con la condición de que se le erigiera una estatua frente a San Marcos. La ciudad, codiciosa de la

herencia, transigió y aunque no propiamente frente a la basílica, le levantó una magnífica estatua de Verrochio. Verrochio le puso a caballo, con fiero aspecto, dominando la población laboriosa y sus propios huesos.

El mundo está lleno de estatuas ecuestres. Unas son más bonitas que otras, qué duda cabe, pero todas vienen a significar poco más o menos lo mismo. Al filósofo nos lo imaginamos de pie, sentado o echado, pero durante veinte siglos no se ha concebido el gobernar, sino como una disciplina de la equitación.

En Madrid queda todavía una estatua de Franco. Está, naturalmente, a caballo. Cada veinte de noviembre se congregan allí unos cuantos partidarios suyos con banderas, gritan, cantan, se juramentan, y se vuelven a casa, por lo general deprimidos. A veces, cuando pasa uno por allí, se sorprende de que no la hayan quitado todavía. Es la última pompa que queda de la dictadura. Flota en el aire con indeterminación y un buen día, sin que nos demos cuenta, estallará silenciosamente. No habrá dejado rastro. Volveremos a pasar por aquel lugar y es posible que al principio ni siquiera notemos que la han quitado. La guardarán en alguna dependencia municipal y dentro de doscientos años alguien se tropezará con ella. Su nombre acaso le diga lo mismo que el de Espartero. Buscarán para ese pedazo de bronce un lugar inocuo, como a farola, fuente o banco, y las palomas condecorarán de nuevo su hinchado pecho con inconsideradas deyecciones verdes, blancas, ácidas, vesiculares, psicodélicas.

DIMENSIÓN UNIVERSAL DEL COSTUMBRISMO

COMO cada año, han empezado a aparecer en el Rastro por estas fechas las figuritas del Belén que no se vendieron las pasadas navidades o aquellas otras que se han incorporado estos últimos meses a la trágica rueda de la vida. Parecen haber sobrevivido la mayoría a la degollina de Herodes, aunque no de una manera impune, pues rara es la que no vuelve falta de un brazo o sin cabeza o restañada de una manera torpe. Todo esto de un Belén tan solanesco es costumbrismo español, y si algo sigue desprestigiado entre nosotros es el costumbrismo, por lo mismo que lo estaban hace cincuenta años las rosas y los otoños en la literatura.

En las novelas de Simenon tarde o temprano acaban saliendo un hombre y una mujer que quedan citados en un sórdido hotel para cometer adulterio. Durante un par de páginas, después de haber dado cuenta de un exquisito hígado de pato y descorchado unas botellas de Burdeos o de champán, se aman de una manera mecánica y triste. Los amantes no lo confiesan, pero sienten un vago rencor por vivir una vida donde la traición brilla sin gloria. A eso le llamamos costumbrismo francés, pero el costumbrismo ajeno nos suele parecer exótico, menos sombrío y más tolerable que el nuestro.

Un hombre espera a la salida de un club nocturno a una prostituta. La invita a comer salchichas en un tugurio y luego a ir a su casa, pero antes de llegar allí, en un callejón próximo al Támesis, aprovechándose de la niebla que desaloja el río, el hombre no puede dejar el cuello de la mujer sin rebanárselo de oreja a oreja, porque, aunque no lo sepa, también él es una víctima del costumbrismo, en este caso inglés.

La mayor parte de nuestra vida se atiene a una rutina, marcada

por la costumbre, y de los trescientos sesenta y cinco días del año, trescientos seguramente se parecen tanto entre sí que ni su propio protagonista podría distinguir unos de otros. Es costumbrismo el camino al trabajo, las mismas calles, los mismos comercios. Y costumbrismo absoluto es ese lugar en el que permanecemos la mayor parte del día, oficina, tienda, taxi, hospital. La relación con muchos de nuestros amigos, con la mayoría de nuestros familiares, con tantas gentes que conocemos a diario suele ser tan superficial, que apenas sabemos de ellos las cosas más importantes, lo que les hace felices o lo que les hace desdichados, lo que sueñan y todo a lo que, derrotados por la propia costumbre, han renunciado definitivamente.

De todos modos no creo que sea difícil romper con la rutina. Bastaría que eligiéramos, y mejor al azar, la primera persona con la que nos cruzáramos por la mañana, alguien seguramente aburrido, víctima de su propio costumbrismo. Podríamos seguirle durante ese día, observar lo que hace y por qué, dónde vive y con quién, en qué trabaja y cómo, los amigos que ve, las cosas que dice, las que tiene que callar. Cuánta elocuencia en lo que hacemos sin darnos cuenta, qué inagotable la poesía secreta de todos los días. Por eso uno ha de ser cuidadoso con sus propias costumbres, con el desprestigio de su vivir diario, pues es casi seguro que alguien nos sigue y nos observa, alguien que, como Stephen Dedalus, ha perdido la esperanza y busca encontrar en nuestra costumbre la salvación de la suya.

DE LA AMNISTÍA ARTÍSTICAS

HACE más de veinticinco años, como quien dice un siglo, fui crítico de arte en diferentes periódicos y revistas. En mi descargo diré que aquello no duró mucho, pero sí lo suficiente para saber cosas que querría haber olvidado, crímenes cuya sombra me persigue muchas noches, como el recuerdo de Abel acosó a Caín en su maldecido peregrinar por los abrasados desiertos de la errancia. Fueron muchos los abominables artistas de los que uno tuvo que ocuparse entonces, pero más abominables aún fueron los escritos que cometí con ellos.

Si al menos me hubieran quedado algunos poderes taumatúrgicos, para curar enfermedades, como veo que aspiran a alcanzar mediante sus cuadros algunos imponderables pintores abstractos del momento, todo lo habría dado por bueno, pero en ese sentido mis pobres milagros nunca fraguan del todo.

Como reviviscencia de aquel momento conservo aún el raro privilegio de recibir en mi casa a diario decenas de catálogos de arte de todas partes de España. Los envían galerías privadas e instituciones públicas, financieras y culturales de toda laya, unos editados con modestia y otros, por el contrario, armados con el boato de las coronaciones imperiales. Por ellos sé que las cosas en los asuntos artísticos siguen más o menos en el mismo punto en el que las dejé, o sea, peor, tanto en lo que respecta a los artistas como a los escritos que les sirven de guarnición.

Naturalmente ninguna de las personas encargadas de mantener viva la llama de la afición artística por cierto arte contemporáneo ha debido de leer una sola línea de las muchas que uno le ha dedicado desde entonces a ese asunto, porque, de lo contrario, habrían dejado de enviarme sus interesantes bodrios. Claro que también cabe imaginar que algo han leído de ellas, y me los envían

como represalia. Sin embargo yo ya había dejado este negocio por completo cuando alguna de las galerías que me tienen en su punto de mira empezaban sus actividades. Es lo que ocurre con la Kultura Saila de la Arabako Foru Albundia o Departamento de Cultura de la Diputación Foral de Álava. Ignoro quién haya podido facilitarles mi dirección o me he olvidado ya de cuándo y dónde me la arrancaron. El caso es que cada cierto tiempo me envían unos cuantos catálogos inefables con toda clase de degollinas e instalaciones. Lo aparatoso de sus formatos y el peso de su lujoso papel cuché hace a menudo precisos franqueos especiales que le obligan a uno a desplazarse hasta la oficina de correos, porque los carteros se niegan a portearlos a domicilio. Ha seguido uno durante años su inquina y puede decir que son muchos los millones que dedican a la propaganda, por lo que seguramente nos usan, como destinatarios forzosos, de feliz coartada para el arbitrario empleo del erario público. En fin.

Hace más de veinticinco años, como quien dice un siglo, que fue uno crítico de arte. Lo he sufrido en silencio todo este tiempo como una enfermedad maldita y vergonzosa, y creo haber pagado ya bastante por ello. De modo que pido a todas las instituciones, y con la suavidad necesaria, una amnistía artística para mi cadena perpetua, y que borren mi nombre de todos esos directorios y encaucen la orgía cultural a manos que más la aprovechen. Y las excepciones, que las hay, ya se encargará uno de procurárselas y hallarlas por su cuenta.

LA BELLEZA DE LOS ERRORES

EL público del circo es no sólo uno de los más agradecidos, sino de los más comprensivos con los artistas que trabajan en él, acaso porque admite que muchas veces se juegan la vida por bien poco. El trapecista ensaya un peligroso volatín que marra, y se precipita al vacío. La gente, sorprendida por ese fallo inesperado, ahoga a duras penas un grito unánime de angustia y de horror vagamente disipado por el hecho de que hubiera red, y sólo cuando al fin, en el segundo intento, lo ven salir airoso del paso, respiran tranquilos, admirados de la belleza del lance, y en el fondo, aunque no lo adviertan claramente, dispuestos a admitir la belleza, más aún, la grandeza que hay en los errores.

Se exponen estos días por aquí unos dibujos harto minuciosos y bellísimos del arquitecto del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Asombran la pulcritud, la exactitud y la cadencia con la que fueron ejecutados tanto como los pocos medios técnicos de que dispuso Juan de Herrera para su laboriosísima ejecución. Una de las personas que se encontraban en esa exposición le explicaba a alguien que llevaba al lado una teoría disparatada. Si observamos bien, en todas las exposiciones hay sembradas entre el público unas cuantas personas que tratan de confundirlo. Sostenía ese hombre que tales dibujos, con la depurada técnica de nuestros ordenadores, podían ser realizados hoy de una manera no sólo tan vistosa, sino mucho más exacta, haciendo innecesaria ya la mano del arquitecto que (y acercaba su dedo índice a dos o tres partes de esos planos, como si quisiera meterlo en una llaga) siempre acaba cometiendo pequeños errores en la realización de su obra.

A su acompañante no le convencía, pero se ve que no tenía argumentos para contradecirlo, y se limitaba a mirarlo todo en silencio.

Lo que es seguro es que ningún ordenador hará nunca unos dibujos como esos, porque donde aún respira la vida que hay en ellos, es justamente en tales llagas. Nuestras máquinas de imprenta son perfectas, pero ninguna de ellas alumbrará un libro como aquellos que salían de las prensas de Bodoni, con todas sus imperfecciones de presión o irregularidades de entintado. Los relojes electrónicos actuales adelantan o retrasan una millonésima de segundo cada diez mil años (¿y quién va a vivir tanto para celebrarlo?), pero en ninguno de ellos está explicada con tanta claridad la poesía del «tempus fugit» como en un tosco reloj de sol, el único que ni adelanta ni atrasa.

Con frecuencia decimos que una traducción mejora el original o que la realidad supera la ficción. Pero también sabemos que el error puede redimir de su vulgaridad lo que creíamos correcto, como podría probar aquel poeta de quien, de toda la purrela que escribió, sólo valía algo un verso al que una errata providencial mejoró de modo notable: “Si pierdo la memoria, qué pureza! ”. Él había escrito “¡Qué pereza! ”. ¡Qué pobreza!

Vamos a conocer, parece, tiempos en los que se tenderá a valorar la perfección, la micra, la heladora belleza de los números. Por suerte tampoco estos son exactos, también ellos se lanzan en volatines peligrosos… y sin red. Lo veremos: no todo podremos convertirlo en euros, por lo mismo que siempre quedará alguien, como en Japón, patria de las computadoras y los haikús, que siga recurriendo para sus cuentas al vaivén de los ábacos.

LO MUCHO QUE NO HA CAMBIADO

NOS preguntan y nos preguntamos si con la desaparición de las Torres Gemelas cambiarán las cosas en el futuro. Va a ser difícil responder a eso, porque aún andamos dilucidando si el imperio romano se vino abajo solo o lo derribaron los bárbaros. Tampoco parece que los atilanos fuesen, ni de aspecto ni de cultura ni de miras, muy diferentes a los que integran las hordas de Ben Laden.

Se ha elogiado mucho estos últimos meses el sentido patriótico de los norteamericanos. También se les ha envidiado la naturalidad con la que recurren a su bandera, para abrigarse, para unirse, para exaltarse. Su presidente sale a todas horas con una en la solapa de su chaqueta. Repetía el otro día: "Nuestros soldados luchan en Afganistán por la libertad y por el modo de vida americano". ¿De qué modo de vida hablamos? ¿De los millones de americanos que permanecen en la indigencia, en la locura, en la errancia alcohólica, por las calles, como cardos a los que arrastra el seco e inclemente viento de la prosperidad? ¿De todos esos seres a los que sólo parecen atraer las máquinas tragaperras de Las Vegas, un partido de los Lakers, una hamburguesa doble? ¿Hablamos de la América profunda en la que un forastero es siempre candidato para un linchamiento? ¿De una sociedad calvinista en la que la palabra Dios figura en todos los billetes de banco, recordándonos que quien no tiene dinero no está abocado al ateísmo, sino al infierno y a la exclusión social? ¿Qué tiene que ver la libertad con todas estas cosas? ¿Sólo se puede ser libre si se es hipócrita?

Más preguntas. ¿Qué ocurre cuando a alguien no le gustan los rascacielos, los viajes en avión, las macrociudades, los macroconciertos de rockeros o de tenores horteras, los estadios de fútbol, las hamburguesas, los camelos del arte contemporáneo? ¿Qué sucedería si tras un atentado terrorista en Madrid, la aviación

española misileara un batzoki de San Sebastián, como suele hacer el ejército israelí con los palestinos, como han hecho los Estados Unidos sistemáticamente con el aplauso de Occidente? ¿Por qué los mismos políticos que han puesto en cuarentena cuentas bancarias de terroristas no bombardean los paraísos fiscales de los narcotraficantes y por qué no se puede hacer lo mismo con las cuentas corrientes de nuestros terroristas locales? Si todos los terrorismos son iguales, ¿por qué no se les combate de la misma manera?

Cuando llegó el hombre a la luna, se dijo que entrábamos en una nueva era. Lo oímos por todas partes y a todas horas, pero siguió habiendo millones de niños que morían de hambre o eran explotados en prostíbulos, en minas, en siniestros y nauseabundos tugurios clandestinos, desde Brasil a India. Cayó el muro de Berlín y volvimos a oír cosas parecidas: vivíamos el fin de una era y el comienzo de otra, más justa y prometedora. Pero lo cierto es que entramos en ésta por la puerta de unas guerras en los Balcanes que no tenían nada que envidiar a las campañas de Atila ni a las de Ben Laden. Naturalmente la vanidad que aconseja a muchos de nuestros prohombres les ha hecho creer que asistimos a un cambio fundamental en la historia de la humanidad, y sin embargo algunos perciben que la tarea importante del hombre aún está por hacer en todas partes.

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EL DIA 24 DE FEBRERO DE 2004
EN GRANADA